Cuando se toma la precaución de colocar esos seres en un medio favorable, no se les ve envejecer nunca ni morir. Se multiplican indefinidamente por bipartición. Son inmortales. Para comprobar esta sorprendente concepción, se han realizado innumerables experiencias con los microbios y los infusorios.

Recientemente las ha realizado muy notables Mr. Metalnikof. Partiendo de una única célula, de un infusorio, una especie de paramecia que había recogido en 1908 en un pequeño estanque de San Petersburgo, la cultivó bajo el microscopio en la gota de agua de una infusión de heno despositada sobre una plancha de cristal cóncavo. Las bacterias de la infusión o del extracto de caldo Liebig al 25 % servían de alimento. Al día siguiente se contaron el número de sus descendientes y sólo se guardó uno que era colocado en una nueva plancha con algunas gotas de infusión fresca; y la misma operación se repitió todas las mañanas por espacio de doce años.

En los diez primeros años se contaron 3967 generaciones, cerca de 400 por año. Pero desde 1912 a 1915 el número de las generaciones pasó de 413 a

258, luego, de repente, sin que se pudiera descubrir la causa, el número remontó a 490. Una substancia nociva se había deslizado probablemente en los cultivos a pesar de todas las precauciones tomadas.

Sea lo que fuere, estos resultados son extraordinarios, pues demuestran de una manera incontestable que la célula es capaz de reproducirse indefinidamente por división sin hallarse sujeta a los fenómenos de la vejez y de la muerte.

Este poder de multiplicación de la célula, esta facultad de transformación de la materia inerte del medio en su materia protoplásmica viva es formidable. Para tener una idea supongamos que cada infusorio sólo se subdivide en otros dos una sola vez al día. En cuarenta días, a la cuarenta generación, se habrán producido más de mil billones. Y como hay mil en un milímetro cúbico, esto nos dará un metro cúbico de materia viva.

Como esta multiplicación se hace según una progresión geométrica, en dos meses tendremos un millón de metros cúbicos y en cuatro, a la 122.ª generación, el volumen de la materia viva engendrada por la pululación de ese único infusorio será grande que la Tierra.

Ante un tal poder de propagación de la vida en el espacio y en el tiempo, se comprende que un solo germen celular baste, cuando las condiciones se prestan, para sembrar todo el universo. ¿Pero nos hallamos en presencia de una verdadera inmortalidad natural de los seres unicelulares? Esto es lo que niegan actualmente muchos fisiólogos. Si es indiscutible que esos seres, al abrigo de todo accidente, no dejan cadáveres, no envejecen, conservan siempre su maravillosa facultad de multiplicación, no olvidemos que su personalidad celular al desdoblarse desaparece. Es esta una especie de muerte de su individualidad. Aun más: admitamos que su especie sea inmortal, su substancia personal durante la vida celular a consecuencia de los fenómenos físico-químicos de la desasimilación, sin cesar se pierde. Es reemplazada continuamente por la materia viva nueva, resultado de la síntesis ininterrumpida de la asimilación de su protoplasma. Por otra parte, a la primera bipartición de la célula madre, los dos nuevos individuos celulares formados no contienen más de la mitad de los materiales originales. En seguida que estos nuevos individuos se subdividirán, sus descendientes no contendrán más que la cuarta parte de la substancia de la célula originaria. Y así sucesivamente, hasta el punto de que a la cuarenta generación la fracción de los materiales provinentes de la célula primordial que, como en las experiencias de Metalnikof, ha sido tomada por punto de partida, será inferior a la trillonésima parte de su propia substancia. Continuando hasta la 3967.ª generación se puede estar seguro de que la última paramecia obtenida no contendrá ni un solo átomo que haya pertenecido a la materia viva ancestral.

Así, pues, esta pérdida insensible de la substancia ancestral por vía de desasimilación protoplásmica y de bipartición es indubitablemente una muerte parcelaria del individuo viejo. Su cadácer invisible desaparece fragmento a fragmento imperceptible. De donde resulta que la inmortalidad celular de los seres microscópicos sólo es para nosotros una ilusión. Como todo lo que vive, como nosotros mismos, desgraciadamente, esos seres que se pretenden inmortales cuya individualidad es tan efímera, son arrastrados por la misma corriente de la irrevocable evolución en lo que a la materia o cuerpo físico se refiere, porque toda materia viva se halla sujeta a los

1915

efectos de lo que conocemos con el nombre de senectud o vejez.

La vejez parece ser una fase ineluctable de la evolución de la vida de los organismos compuestos de millones de células como el nuestro y cuya duración media es constante para cada especie de individuo.

Para explicar la senectud, se han propuesto numerosas teorías, pero ninguna se impone de un modo particular, pues las causas de la vejez son mucho más complejas de lo que se imagina.

Si es innegable que el desgaste mecánico de nuestras células, su intoxicación por los venenos microbianos o minerales que atacan a nuestras glándulas, a las paredes de nuestros vasos tienen un papel considerable en la limitación de nuestra vida, existen además muchas otras causas desgraciadamente.

Existe en primer lugar la decadencia del poder de crecimiento de nuestras células, de su poder de multiplicación que está en razón de su especialización, consecuencia obligada de la diferenciación de nuestro organismo, de su división del trabajo en el curso de su evolución individual; y más que nada existen las modificaciones biológicas debidas a las secreciones internas de nuestras glándulas cuyas substancias químicas tienen una enorme influencia en el desarrollo de nuestros órganos y aun en la duración total de nuestra vida.

Esto es lo que ponen en evidencia los últimos trabajos de los fisiólogos que continuando los de Brown-Sequard, han estudiado la acción de las cápsulas suprarrenales, de la hipofisis del páncreas, de las glándulas sexuales y especialmente del cuerpo tiroides y del Tymo.

Nada más sugestivo a este respecto que las experiencias realizadas sobre la vida y la metamorfosis de los renacuajos.

Con efecto, cuando al principio de su desarrollo, se alimenta a los renacuajos con pedazos de glándulas tiroides o con el extracto de esa glándula, la tiroidina, esos animales no crecen, envejecen y se transforman rápidamente en ranas con muchas semanas de anticipación que sus hermanos que continúan siguiendo su régimen normal. Estas ranas continúan siendo siempre enanas.

En cambio, dando a los renacuajos otra substancia alimenticia, la secretada por la glándula tímica, se obtiene el efecto inverso. Mientras dura esta alimentación, no pueden transformarse en rana ni vi-

vir en tierra. Conservan siempre sus formas juveniles hasta cuando han alcanzado un gran desarrollo y después de haber adquirido la madurez sexual.

Estas experiencias demuestran, pues, que existen dos principios químicos activos, el primero representado por el extracto de la glándula tiroides que provoca el envejecimiento favoreciendo el paso prematuro del estado juvenil al estado adulto; el segundo el producto de la glándula tímica que conserva al animal en su fase de juventud.

Pero en los vertebrados, en los que los fenómenos son aun mucho más complicados, no son únicamente esas secreciones glandulares las que regulan su edad, hay otras. De ahí que durante la fase de juventud, acentuando el crecimiento a las secreciones del tymo se agreguen las de la hipofisis.

Estas dos glándulas están muy desarrolladas en los mamíferos y en el hombre durante la juventud. En este momento si se suprime la hipofisis, los huesos crecen desmesuradamente en longitud y en grosor, lo mismo ocurre con las partes blandas y las extremidades de la cara. En cambio, la supresión del tymo impide el desarrollo de los huesos.

Al llegar a la edad adulta esas dos glándulas se reducen poco a poco y paralelamente a su reducción hacia la época de la pubertad tiene lugar el desarrollo de las glándulas sexuales y tiroides que vierten en la sangre nuevas substancias reguladoras. Luego, tan pronto como esas glándulas dejan de funcionar, aparecen todos los síntomas de la vejez.

Estas comprobaciones son del más alto interés, pues vienen a demostrar que la vida y la actividad del organismo son reguladas por las secreciones particulares de nuestras glándulas internas.

Con la edad van disminuyendo en nuestra sangre esas substancias llamadas *hormonas;* pero su disminución, como lo ha hecho notar Carrel, no basta para explicar la llegada de la vejez, aunque contribuya en mucha parte. Hay otros elementos todavía más importantes que sirven para la nutrición de nuestros tejidos y que son fabricados en la sangre por ciertos glóbulos blancos, los limfocitos o leucocitos. A estas substancias nuevas se les ha dado el nombre de *trifonas, y* parece ser que éstas son las que desempeñan el principal papel en la cicatrización de nuestras heridas, en la reparación de las fracturas y la regeneración de nuestros tejidos. Así

que van haciéndose cada vez más raras, aparece nuestra vejez.

Tal es el estado de la cuestión de la vejez en el momento actual, considerada desde un punto de vista estrictamente biológico, que sólo como ilustración tiene cabida en este lugar. Así es como el cuerpo físico llega a la muerte. Pero esto no es el fin de las actividades del alma, como tan ignorantemente suponemos; nada más lejos de la verdad. El alma ha terminado simplemente de hacer un esfuerzo, llevando consigo los consiguientes resultados, y, después de un determinado período de comparativo reposo, hará otro esfuerzo de la misma índole.

Así, pues, como ya se ha dicho, lo que ordinariamente llamamos la vida del alma, no es más que un solo día en la vida más amplia y verdadera, un día de escuela durante el cual aprende determinadas lecciones. Teniendo, por lo tanto, en cuenta que una corta vida de setenta u ochenta años a lo más, no es lo bastante para proporcionarle la oportunidad de aprender todas las lecciones que este maravilloso y magnífico mundo puede enseñarle, y dado que Dios le dice que debe aprenderlas todas durante el tiempo hábil por el mismo Dios marcado, es indispensable que vuelva de nuevo muchas veces, y que viva durante un gran número de estos días de escuela que nosotros llamamos vidas, en diferentes categorías sociales y bajo diversas circunstancias, hasta que todas las lecciones sean aprendidas; y entonces esta escuela inferior de trabajo cesará para ella, y el alma pasará a algo más elevado y glorioso, a la obra de la verdadera vida divina, a la consecución de la cual consagra el alma toda esta escuela de vida terrena.

Esto es lo que se llama la doctrina de la reencarnación o renacimiento, doctrina que era amplia y ventajosamente conocida de las antiguas civilizaciones, y que aun hoy día es sustentada por la mayor parte de la raza humana. De ella Hume ha escrito:

"Lo que es incorruptible debe también ser increado. El alma, por lo tanto, dado que es inmortal, existía antes de nuestro nacimiento... La metempsicosis es, pues, el único sistema que la Filosofía puede adoptar."

Escribiendo Max Muller acerca de las teorías sustentadas por la India y la Grecia sobre la metempsicosis, dice:

"Existe algo oculto en dichas teorías, que si fue-

sen expuestas en un lenguaje menos mitológico, constituirían la más rigurosa prueba de la investigación filosófica."

En su última y póstuma obra, este gran orientalista se ocupa nuevamente de esta doctrina, y confiesa su personal creencia en ella. Además, Huxley escribe: "Como la doctrina de la evolución, la de la transmigración tiene sus raíces en el mundo de la realidad, y tiene tantas probabilidades a su favor, como puede suministrar el gran argumento de la analogía."

Con lo dicho se verá que así los escritores modernos como los antiguos, consideran esta hipótesis como a una cosa digna de la mayor consideración.

Esta hipótesis no debe ni por un momento ser confundida con aquella teoría sustentada por los ignorantes, según la cual es posible para el alma que en su evolución ha alcanzado el estado humano, el volver a retroceder animando el cuerpo de un animal. Ningún retroceso semejante está dentro de los límites de lo posible. Cuando el hombre—o sea un alma humana que se halla revestida de lo que en nuestros libros llamamos un cuerpo causal—viene una vez más a la existencia, no puede en manera alguna retroceder a lo que es en verdad un reino inferior de la Naturaleza, cualesquiera que puedan ser los errores en que haya podido incurrir y sean cuales fueren los casos en que haya podido menospreciar las ventajas y oportunidades que para progresar se le hayan ofrecido. Si es perezoso y holgazán en la escuela de la vida, tiene necesidad de aprender la misma lección una y otra vez, hasta que realmente consigue asimilársela; como quiera que sea, el progreso es incesante, aunque a menudo es muy lento.

La vida nos presenta muchos problemas que sin la hipótesis de la reencarnación parecen completamente insolubles. Esta gran verdad los explica, y, por lo tanto, es la más probable y verosímil, ínterin no se halle otra hipótesis más satisfactoria. Esta enseñanza, lo mismo que el resto de la doctrina, no es para muchos de nosotros una hipótesis, sino un hecho real comprobado por un conocimiento y experiencia personal directa; pero, naturalmente, nuestra experiencia personal no constituye una prueba para los demás.

Sin embargo, hombres piadosos y sinceros se han visto con dolor forzados a admitir que se consideraban incapaces de reconciliar el estado de co-

sas que existe en el mundo que nos rodea, con la teoría de que Dios era a la vez todopoderoso e infinitamante misericordioso. Estos hombres sentían, al contemplar las angustias y sufrimientos humanos, que, o Dios no era todopoderoso, y, por lo tanto, no podía impedir estos sufrimientos, o no era infinitamente misericordioso, por cuyo motivo no se tomaba el cuidado de hacerlo. En la doctrina teosófica sostenemos con firme convicción que Dios es a la vez todopoderoso e infinitamente misericordioso, y reconciliamos esta certidumbre con los hechos existentes en la vida, por medio de la fundamental doctrina de la reencarnación. La única hipótesis que nos permite de una manera razonable reconocer la perfección del poder y amor de la Deidad, es seguramente digna de que le prestemos la mayor atención y cuidado.

Por medio de la doctrina de la reencarnación comprendemos que nuestra presente vida no es la primera, sino que cada uno de nosotros tiene tras sí una larga serie de vidas, por medio de cuyas experiencias hemos evolucionado desde la condición del hombre primitivo a nuestra presente posición. Es indudable que en estas pasadas vidas habremos hecho

bien y mal, y que de cada una de nuestras acciones se han derivado resultados definidos bajo la inexorable ley de justicia. Del bien resulta siempre la felicidad, y además las oportunidades de progresar; del mal resulta siempre la desgracia, el sufrimiento y las limitaciones.

Por lo tanto, si en cualquier sentido nos sentimos limitados y restringidos, la limitación tiene por origen nuestras propias acciones, o es debida simplemente a que el alma es todavía joven; si estamos condenados al dolor y sufrimiento, sólo nosotros tenemos la culpa. Los múltiples y complejos destinos del hombre responden con rigurosa exactitud a la balanza entre el bien y el mal de sus acciones previas; todo camina en sentido progresivo guiado por el orden divino, hacia la final consumación de la gloria.

No existe quizás ninguna enseñanza teosófica a la que se haga una oposición más violenta que la que se hace a la gran verdad de la reencarnación, a pesar de ser en realidad una doctrina en alto grado consoladora, pues nos proporciona el tiempo que necesitamos para alcanzar el progreso que ante nosotros tenemos, tiempo y oportunidades para hacer-

nos "perfectos, tan perfectos como lo es nuestro Padre en el Cielo". Algunos impugnadores de esta doctrina apoyan su principal protesta en el hecho de que han sufrido tantas decepciones y penalidades en esta vida, que no quieren escuchar nada que demuestre lo necesario que es pasar de nuevo por ella. Como claramente se ve, esto no es ningún argumento. Nosotros vamos en busca de la verdad, y, una vez la hemos hallado, no debemos asustarnos de ella, bien sea que nos agrade o no, aunque ciertamente, como ya se ha dicho antes, la doctrina de la reencarnación, una vez bien comprendida, es altamente consoladora.

Además, la gente pregunta a menudo por qué, si hemos tenido tantas vidas anteriores, no recordamos ninguna de ellas. Para responder con toda la brevedad posible a esta pregunta, diré que, algunas personas las recuerdan, y la razón del porqué a la mayoría de las personas no les sucede otro tanto, es debido a que su conciencia se halla todavía concentrada en una u otra de las envolturas inferiores. Esta envoltura no puede recordar las encarnaciones previas por la sencilla razón de que no ha tenido ninguna, y el alma que las tiene, no es todavía plenamente consciente en su propio plano. Sin embargo, la memoria de todo el pasado está almacenada dentro del alma, y lo demuestra aquí en las cualidades innatas con que el niño nace. Cuando el hombre ha evolucionado lo suficiente, y es, por lo tanto, apto para concentrar su conciencia en el alma, en vez de serlo sólo en los vehículos inferiores, entonces toda la historia de aquella verdadera y más amplia vida apareec ante él a manera de las páginas de un libro. Por otra parte, a nadie debe sorprender que se pierda la memoria de una vida anterior, al pasar a la siguiente; dado que, la misma, depende por completo de la asociación. Pero, como sabéis, después de la muerte, se rompe la trabazón que existía *entre los cuatro principios inferiores,* por el motivo de dispersarse la substancia misma que los integraba. Y si una simple conmoción cerebral es lo bastante para que olvidemos los hechos de nuestra vida presente, ¿cómo ha de ser posible conservar, como recuerdo, los hechos de nuestras pasadas existencias, cuando todo aquella parte de nuestro ser, que se halla por debajo del cuerpo causal, ha sido renovada por completo?—Por lo que se refiere al cuerpo causal, hemos de consignar que subsiste y guarda la me-

moria de todas nuestras vidas; y, con toda seguridad, el día en que nos sea factible hacer de dicho cuerpo la base y fundamento de nuestra actividad consciente, nuestra será la memoria de lo pasado, y merced a ella encontraremos otra vez "el hilo de oro que sirve de enlace a todas las existencias del hombre". Pero en el ínterin, sólo nos es permitido conservar, de lo pasado, las ideas generales: nuestra conciencia es una sombra proyectada por el Manas superior, una resultante de las experiencias por las que hubimos de pasar en el decurso de nuestras vidas antecedentes. Conviene decir también que, lo que llamamos nuestro carácter, nuestra personalidad, nosotros mismos en una palabra, todo ese conjunto no es más que el resultado de anteriores encarnaciones.

VII

EL KARMA

Significado de la palabra Karma. — Toda cosa existe activamente. — La existencia universal se halla modificada por esta misma actividad. – La existencia y la actividad son equivalentes. – La existencia se halla modificada por la actividad y esta actividad es la causa de nuestro progreso o de nuestro retroceso. — El bien y mal son relativos.

CAPITULO VII

El Karma

En otro libro nuestro hemos hablado extensamente del KARMA (1), y allí quedó expuesta toda la doctrina referente a este punto transcendental, pero hoy necesitamos, para seguir nuestro plan, señalar el vínculo que sirve de lazo de unión a determinados hechos, como la Evolución y la Reencarnación, o por mejor decir, explicar la causa común a que obedecen uno y otro.

Para ello me valdré, extractándolos de las conferencias de Brahma-Marín Bhodabshikshu:

Esta causa es la *Acción, "Karma"*. Porque bueno es que sepáis que dicho término sánscrito *(Karma,* o más propiamente *Karman)* significa, rigurosamente hablando, *Actividad, acción*. De ahí se deriva el

(1) *La Reencarnación y Ley de Karma*, citada ya.

significado implícito de la misma como *"ley de causalidad"* o de *"secuela causal"*; porque toda causa es una acción y toda acción una causa. Un efecto, por el hecho de serlo, es el resultado forzoso de alguna actividad; y siendo, por otra parte, activo de por sí, debe a su vez ser considerado también como causa, generadora de nuevos efectos. Debido a que la serie de las causas y de los efectos es, en realidad, una sucesión de actividades, que mutuamente se engendran unas a otras, el proceso en conjunto ha recibido el nombre de *Karma*, o actividad. Los que se imaginan conocer la filosofía oriental, entienden de ordinario bajo esa denominación, una ley que rige tan sólo el destino humano. Y, sin embargo, es ciertísimo que Karma excede con mucho a tan limitado concepto, tanto que se extiende y aplica a la suma total de las actividades cósmicas, siendo dicha ley la que rige por entero a la *Creación*. Comprenderéis, con esto, que es verdaderamente imposible, para una conciencia limitada, seguir la ley del Karma en todas sus ramificaciones, abrazando como abrazan el Universo. Por idéntico motivo los grandes Maestros de la India, Budha entre otros, prohibían a sus discípulos toda discusión que tuviese por objeto dilucidar completamente este asunto. Opinaban ellos que el Karma, por su misma esencia, se hallaba fuera de todo discurso, era inaccesible al humano pensamiento. Con mayor motivo, tendremos aquí que limitarnos a dar tan sólo un sumario bosquejo de los principios más generales concernientes a esa ley universal.

El primero de tales principios es el que sigue: *Toda cosa existe activamente:* ser y obrar son una misma cosa: no existe en el mundo entero substancia alguna que no sea activa. ¿Os atreveríais a decir, por ejemplo, que este lápiz que tengo ahora en la mano, es pasivo? Eso fuera equivalente a engañaros. La substancia que le constituye podrá quizás pareceros inerte, relativamente; pero ello importa poco; desde el punto y hora en que le veis, es porque modifica la luz que hiere vuestras retinas, y, por lo tanto, este lápiz es activo. Además, tanto el sabio como el clarividente, os dirán que cada partícula de la materia se halla siempre en activo movimiento. Esto sentado, podemos dividir los objetos en actividades simples y complejas; considerando, *verbi gratia*, al último átomo físico como una actividad simple. Podemos, a seguida, concebir una plurali-

dad de tales átomos o remolinos simples, ligados unos a otros en virtud de una ley, y formando una especie de unidad compuesta. Y a su vez, una combinación de unidades de aquella especie daría como resultado un nuevo centro de actividad, más complejo todavía. El cuerpo humano puede servirnos como ejemplo: cada célula que le integra puede ser considerada, convencionalmente, como una actividad simple; cierto número de células, agrupadas de un modo determinado, hemos visto que forman un órgano, que para nosotros constituirá una nueva unidad, compuesta de su yo; y, finalmente, cierto número de órganos, harmónicamente dispuestos, también conforme a una ley determinada, forman el cuerpo del Hombre. Este último podemos a su vez considerarle como unidad de especie superior; en cuyo caso, y llevando gradualmente más allá nuestra síntesis, llegaríamos a concebir sucesivamente como unidades a la nación, a la raza y a la Humanidad; esto es, idearíamos una serie de unidades, cada vez más complejas, que abarcarían por último el Universo entero.

Por lo mismo, todas las cosas que existen en el Universo pueden considerarse relativamente como ac-

tividades, simples o compuestas; el Kosmos es un conjunto vastísimo de dichas actividades; conjunto, sin embargo, metódico, harmonioso, ordenado.

El segundo de los principios que merece fijar nuestra atención, es el siguiente: *La existencia universal, que, como sabéis equivale* (según el Principio I) *a la actividad universal, se halla además modificada constantemente por esta misma actividad.* Al evolucionar el *ser-agente,* puede traducir la referida modificación por un avance o un retroceso; pero, con todo, la identidad y continuidad del ser, como tal, subsisten. De suerte que, nuestro cuerpo, como ya se ha visto, se halla modificado constantemente por sus propias actividades, así como también por las del mundo externo; pero, sin embargo, continúa siendo el mismo durante toda su vida. En tal sentido entiendo, precisamente, la identidad y la continuidad del ser.

Luego:

Principio I: La existencia y la actividad son equivalentes.

Principio II: La existencia se halla modificada, además, por la actividad; a la actividad se debe, por lo tanto, que progresemos o retrogrademos.

Esta ley universal, con aplicación a la humanidad, puede ser formulada en los términos que siguen:

Cada hombre es para sí su propio *Karma,* esto es: un modo especial de actividad propiamente suyo. Cuanto es, cuanto tiene, cuanto llegue a ser o tenga, depende en absoluto de su actividad; siendo todo ello el resultado necesario de lo que antes hizo, de lo que hace ahora y de lo que hará en adelante, con sus pensamientos, con sus palabras y con sus actos. En suma, *nuestro presente constituye el fruto de nuestro pasado.*

Ahí tenéis la forma y modo como de ordinario se concibe el Karma en Occidente; pero ahora sabemos también que semejante idea viene a constituir tan sólo un aspecto, una aplicación particularísima de aquella ley universal.

Si llevamos más lejos el análisis, veremos que el presente (consecuencia lógica del pasado) se nos manifiesta bajo un doble aspecto: como goce o como sufrimiento, en la forma de circunstancias favorables o adversas; y esa dualidad nos ha de conducir, como de la mano, a descomponer en dos categorías las acciones del pasado determinante, y como natural secuela de lo anterior, nos veremos obligados también a decir que las referidas actividades hubieron de ser *buenas* o *malas.*

Luego, por su misma esencia, el *Bien* y el *Mal* son *relativos.* Nada existe que sea absolutamente bueno, como tampoco hay nada que sea malo en absoluto; porque el Absoluto excluye todo predicado. Los términos Bien y Mal únicamente significan algo cuando los concebimos como opuestos uno a otro en el Universo manifestado. De igual modo que el (+) y el (—), el Bien y el Mal son indispensables para la manifestación, y únicamente en ella subsisten. Se sigue de ahí que, siendo como son dichos términos esencialmente relativos, lo que para mí constituye un Mal, pueda ser un Bien para otro; lo que ayer, para mí era malo, quizás hoy sea bueno. Ciertamente, dichos términos sólo tienen valor con *relación al ser a que se aplican.* Y no me digáis que "Supuesto que el Bien y el Mal no existen en realidad, ¡lícito es que uno se divierta como mejor le cuadre!" Eso equivaldría a demostrar que no me habéis comprendido. Lo que sí dije y sostengo es que: "El Bien y el Mal existen *realmente,* como existe el Universo, como existís vosotros mismos, como existe todo, pero dentro de lo *relativo,* no de lo absoluto." ¿Cuál

debe ser, entonces, el criterio informador de nuestros actos? ¿De qué manera nos será dado conocer que son buenos o malos? He ahí cómo: toda clase de acción mental, astral o física que tienda a limitar a un ser (cualquiera que éste sea) en su marcha evolutiva, es mala, porque determina en él una regresión. Toda acción tendente a suprimir una limitación, y a facilitar, por lo tanto, el progreso del ser hacia la Divinidad, es buena.

Resulta de lo precedente que, para establecer la más rudimentaria clasificación de nuestras actividades, de nuestro Karma, es preciso antes examinar sus consecuencias *buenas* y *malas, subjetivas* y *objetivas, en los tres mundos,* o sea en los planos físico, astral y mental. Dicho estudio es de tal manera complejo, que ni tan siquiera me pasa por las mientes el que me sea posible aquí desarrollarlo.

En resumen: actuando cada ser sobre sí mismo, por una parte, y por otra, sobre cuanto le rodea, a beneficio de la suma total de las actividades que le constituyen, modifica de continuo ambas cosas. Y de ello resulta que, su propia naturaleza y las circunstancias ambientes, son determinadas por él mismo. El hombre debe a sí, únicamente, alabanzas o

vituperios, dado que él, y nadie más que él, forja su propio destino. Tan cierto es que la universal Ley de Justicia lo rige todo.

Y asimismo, esta Ley perfectísima por modo esencial se identifica con el Dueño y Señor del Universo, "*porque Él hará que sea el hombre con arreglo a su obra*". "*No os engañéis tocante a esto, nadie se burla de Dios; porque el hombre ha de cosechar exactamente aquello mismo que haya sembrado.*" Nada es más cierto: nosotros mismos forjamos nuestro destino; desarrollándose nuestra vida sobre la trama que urdieron nuestras propias manos. La situación en que nos vemos, de ningún modo dimana del azar, y menos todavía del capricho de un Dios tan envidioso como mezquino; creado, por otra parte, arbitrariamente, a nuestra imagen y semejanza. ¡Daos cuenta de ello, y llegaréis a ser Hombres! Y así, dejando ya de ser mendigos, os convertiréis en ciudadanos del Universo. Mirad que el porvenir está en vuestras manos. libres sois para labrarle como mejor os parezca. Justo es que digáis: "Si actualmente sufro, se debe únicamente a que en tiempos pasados quebranté sin duda la Ley. Digno soy, pues, de castigo: con paciencia y valor sufriré, en lo

sucesivo, todas las aparentes injusticias que sobre mí recaigan." Tal debe ser el lenguaje de un hombre que conoce su situación. Y armado, entonces, de fortaleza, proseguirá su camino, alta la frente, pacientísimo para con todas las miserias que hoy sufre (fruto necesario que recoge de su pasado), lleno el corazón de esperanza, y confiando en absoluto en el porvenir de libertad que él mismo se prepara.

El Hombre bajo la dependencia de sí mismo, de sí mismo seguro, paciente y animoso: tal es, como síntesis, el resultado que produce la buena comprensión del Karma. Voy a exponer ahora una ley que os permita concebir con más claridad todavía el funcionamiento del Karma en aquello que se refiere a la humana evolución.

VIII

EL KARMA
LA LEY DE CAUSA Y EFECTO

Toda causa produce inmediatamente su efecto o tiende por lo menos a producirlo - Las leyes relativas — La voluntad del hombre puede introducir nuevos factores en la ecuación de la vida.— El fatalismo y el libre albedrío. — La libertad existe para el hombre de Voluntad y la inexorable fatalidad para el que carece de ella. La libertad crece en proporción de la sabiduría - La Voluntad y la Sabiduría pueden libertarnos.

CAPITULO VIII

El Karma.—La Ley de causa y efecto

Dicha ley puede expresarse en los siguientes términos: *Toda causa* (o *toda actividad) tiende, por modo natural, a producir su efecto inmediatamente.* Si en este momento, como veis, muevo la mano como para hacer un ademán, las ondas vibratorias que ella determina a su alrededor, así que han sido puestas en movimiento, *tienden* en el acto a afectar a todos los seres. Sin embargo, la resistencia del medio (que, como tal, implica una actividad, o lo que es lo mismo, una *causa),* puede impedir la inmediata realización de la referida tendencia. Como queda dicho, las causas *tienden,* pues, a producir inmediatamente sus efectos; pero no siempre *pueden* verificarlo; de lo contrario, pudiéramos inferir que el instante actual procede tan sólo de aquel que le

precedió. Y así ocurrirían las cosas, de no engendrar por nuestra parte, y en toda sazón, *causas contradictorias* que, por el hecho de serlo, se hallan imposibilitadas, en rigor lógico, para realizar sus efectos simultáneamente. Si, v. gr., tal y como ahora se halla, esto es, sin artificio alguno protector, meto la mano en el fuego, seguro es que no tardará en quemarse. Pero si, por el contrario, tengo la precaución de cubrirla previamente con una substancia aisladora (como lo es, por ejemplo, el jugo de ciertas plantas de la India), es indudable que no se quemará en el acto, sino que antes será preciso que el barniz protector sea consumido o inutilizado por el calórico. Pues bien: dentro de la normalidad, el efecto de toda causa debe ser inmediato; con todo, esto no impide que sufra retardo cuando ya existe en función una causa contradictoria.

Esta ley se manifiesta de continuo en todo el curso de la vida humana. Durante la misma, no hacemos más que acumular, sin tregua ni reposo, causas que tienden constantemente a encadenarnos, produciendo en ocasión oportuna la inextricable malla de sus múltiples efectos. Pero son de tal modo contradictorias nuestras actividades, que apenas si, por excepción, se harmonizan en nosotros de vez en cuando muy contado número de acciones. Amontonamos, pues, en el decurso de nuestra vida, un cúmulo de causas que no pueden tener inmediata realización. Estas causas, precisamente, constituyen lo que en rigor técnico podemos denominar el *Karma acumulado* (en sánscrito *Sanchita karma,* o karma latente).

Por el contrario, el Karma cuyos efectos *se manifiestan* ahora en nuestra propia naturaleza, esto es, *aquello* que constituye lo que se dice nuestro carácter, las múltiples circunstancias que actualmente nos rodean, etc., recibe el nombre de ***Karma activo (Prârabha karma);*** y esta porción de nuestro Karma, aquella, por cierto, que a diario nos afecta, determina la orientación de nuestra vida presente. Veremos más adelante cómo se efectúa su selección.

Por último, el nuevo Karma, el que en la actualidad *engendran* nuestras diversas actividades, se denomina *Karma naciente (Kriyamâna karma).* Y este último, según fuere o no compatible con nuestras presentes actividades, así también se distribuye en una u otra de las dos categorías enunciadas.

Vivimos, pues, bajo el influjo de una especie de *conjunción* kármica, constituída por las dos moda-

lidades que hemos indicado, a saber: una que acecha, como en la sombra, una ocasión propicia para manifestarse, y otra que despliega de continuo su actividad, haciendo que sintamos sus efectos. De ahí que se conciba como posible que el Karma acumulado y falto de lugar para manifestarse, sea transferido a otra vida, permaneciendo latente durante muchas encarnaciones y fructificando al fin en cuanto se reunen las condiciones al efecto requeridas; ni más ni menos que hubo de ocurrir a las simientes halladas en los sarcófagos egipcios.

En esa cuantiosa reserva, precisamente, se eligen las causas destinadas a regir una encarnación en particular; causas que, para poderse manifestar de un modo conjunto en la existencia que está como quién dice en preparación, no deben por cierto excluirse unas a otras. ¿Quiénes serán, pues, los encargados de verificar la referida selección? Las potencias que, si os parece, pueden recibir el nombre de "*Leyes selectivas*". En la Naturaleza observamos a cada paso la acción de leyes análogas. Si, por ejemplo, plantáis un árbol en una masa formada por toda especie de ingredientes, elegirá tan sólo lo que más convenga a su organización y crecimiento, re-

chazando por inútil lo restante. Notaréis siempre que allí donde hay vida, hay selección. Así pues: la vida existe en todas partes y en todo; vida bajo diferentes formas sin duda, pero regida siempre por leyes selectivas. El Hombre no constituye para ellas una excepción.

Pues bien: esas leyes pueden considerarse asimismo como agentes, como Seres o "*Señores*" *Selectivos.* Porque entre la Ley y el Ser que es su agente, no existe diferencia alguna esencial. Respecto de una Ley, sólo podemos saber una cosa, esto es: que ella de por sí constituye un modo de actividad metódico. Probad, si no, de fijar vuestra mente en cualquiera ley, y es muy cierto que tan sólo podréis concebirla bajo la forma de acción. Pues, como hemos visto antes, la acción implica siempre un agente, un ser. Tanto, que el mismo objeto se muestra algunas veces como *acción* (Karma), y otras como *ser,* con arreglo al punto de vista en que nos situemos.

¿Quién de vosotros podrá decir que me conoce? Cuando os dirijo la palabra, llamando vuestra atención, vuestros sentidos son afectados por un conjunto de actividades, cuyos efectos denomináis: sonido, color, etc. ¿Cuál de estas impresiones se puede decir

que es yo mismo?—Por lo tanto, ora en mi caso, ora en el Universo entero, jamás percibiréis cosa alguna como no sea un conjunto de actividades ordenadas: percibiréis tan sólo una *Ley*. En todas partes huirá de vosotros el *ser*, salvo en *vosotros mismos*. Si, v. gr., en el susodicho caso, sacáis, *por analogía*, la conclusión de que hay allí un *ser*, ¿qué derecho os asiste, en otros análogos, para discurrir de un modo diferente? Bien se me alcanza que desde *vuestro* punto de vista, las *Leyes* de la Naturaleza no son más que actividades metódicas; pero si las tomaseis en conjunto, si procuraseis situaros en *su* punto de vista subjetivo, podríais con perfecto derecho considerarlas como *Seres. La Ley Universal y el Ser Universal son Uno.*

Las Leyes de selección Kármica, de igual modo que todas las demás, deben ser consideradas, subjetivamente, como Seres. Estos, en la lengua sánskrita, y en sentido colectivo, reciben el nombre de *Lipika*, que equivale a llamarles los registradores, los que llevan las cuentas del Universo. La idea cristiana acerca del Hijo que está sentado a la diestra del Padre, juzgando a los hombres *con arreglo a sus obras*, y destinando a cada uno al lugar que merece,

constituye de por sí como un trasunto de aquella doctrina. Un ser que así se concibe, ¿no es de suyo la mano derecha del Padre, el Agente de la Ley, en un todo idéntico a la Ley misma, el administrador y el virrey del Universo?

Sea como fuere, el hecho es que los *Lipika*, o las leyes selectivas, eligen, en el Karma del individuo, los elementos en conjunto capacitados para harmonizarse en una encarnación, determinando dichos elementos la línea o dirección en la cual el referido ser tendrá que moverse, *a menos que logre desplegar alguna iniciativa espontánea.*

Porque sabido es que la Voluntad del Hombre puede introducir, en todo momento, nuevos factores en la ecuación de su vida, modificando con ello sin cesar la resultante del Karma pasado. Estriba en eso precisamente la esencial diferencia que existe entre los reinos inferiores y el Hombre. En los reinos inferiores, donde la voluntad individual no está todavía desarrollada, el ser tiene que moverse necesariamente en el sentido de una línea trazada por sus anteriores actividades; está, pues, sujeto al Destino. Pero en cambio, la naciente Voluntad del Hombre basta por sí para convertir en Libertad

ese Destino; porque, desde su aparición, le faculta para modificar a cada instante la línea evolutiva trazada por el Karma pasado. Como dijo muy bien Edgardo Poë: "Al tiempo que Dios encadenaba sólidamente la Naturaleza, dejaba libre a la Voluntad humana. El hombre que carece de aquella potencia, vive siempre esclavizado por la Fatalidad, como ocurre a los animales."

Al llegar a este punto, se vislumbra ya la solución del intrincado problema, tan complejo en apariencia, relacionado con el fatalismo y el libre albedrío. La oposición que algunos suponen que existe entre ambos términos, está fuera de toda realidad: tanto, que ni se excluyen uno o otro, ni dejan de ser verdaderos, *relativamente*. La necesidad es patrimonio de los seres que no tienen voluntad propia; y por eso se ven destinados fatalmente a efectuar cosas determinadas. Y en cambio es posible, para los que disponen de una voluntad, la modificación de su Necesidad en el grado que permita la energía de aquella potencia, y el empleo que *sepan* hacer de la misma. Finalmente, los seres que tienen desarrolladas por completo la Voluntad y la Sabiduría son libres en absoluto. Así es cómo todas las soluciones

de que es susceptible el indicado problema, por diversas que sean, reflejan *una verdad*, si al estudiarlas tenemos la precaución de situarnos en *el terreno propio de cada una*. Existe, pues, la libertad más absoluta, pero tan sólo para el hombre que conoce la Verdad; existe asimismo una libertad relativa para el que ha desarrollado su voluntad hasta cierto límite; y por último, existe el inflexible Destino, que mantiene bajo su férula a los que carecen en absoluto de voluntad.

Daos cuenta exacta de esto: la Voluntad, al desarrollarse en vosotros, os ha de permitir que modifiquéis, hasta cierto punto, vuestro destino; y si os fuese dado alcanzar la Sabiduría, podríais, como quien dice, aniquilar por completo el cúmulo inmenso del Karma que hubisteis de amontonar a través de las edades, reducirle a cenizas, y libraros por último de esas cadenas que forjasteis y que parecen eternas. "*Sabed la Verdad*, dijo el Cristo, *y la Verdad os hará libres.*"

Pues bien: ¿en qué consiste esa Verdad libertadora, sino en la Realidad Unica, *Sat*, cuya *identidad* realizada en el *Yo* por el ser llegado al término de

su dilatadísima peregrinación, tiene su legítima expresión en las palabras supremas:

"YO *soy* AQUELLO."

"—Nada existe en el mundo como no sea esa Realidad Unica, y *Yo soy idéntico a Ella*"; o como se dice en la fraseología cristiana:

"*Mi Padre y Yo somos* UNO."

Tal es la última Verdad. Verdad maravillosamente definida en estos términos por uno de los más grandes filósofos de la India:

Voy a deciros, en medio versículo, aquella Verdad que comentaron millares de volúmenes: *Brahman, el Absoluto, es el único que puede llamarse verdadero. El universo, mudable perpetuamente, es irreal; su existencia es tan sólo relativa, y el Hombre, por su misma esencia, es Dios. Y eso es todo.*"

Para el Hombre, el objetivo de la evolución consiste, pues, en realizar completamente su *Divinidad esencial,* o sea en la identificación de su propio ser con la Realidad Unica. En tal sentido debe traducirse la palabra "*saber*" que empleara el Cristo cuando dijo: "*Sabed la verdad...*"

Realizada que sea la Suprema Unión, el Hombre rompe para siempre los vínculos de la causalidad; ha efectuado su salvación; constituyendo, precisamente, aquella Unión Suprema, el único medio de alcanzarla. Esa fué en todo tiempo la enseñanza de los Maestros.

La Humanidad asciende por grados hasta su objetivo, merced a una jerarquía sublime, en la cual va creciendo la Libertad en proporción de la Sabiduría.

Estas son, en breve resumen, algunas de las ideas más indispensables para la buena inteligencia del Karma, la verdad que se destaca como única, la que de continuo subsiste, no es otra que la *Ley de Causalidad,* de suyo inviolable. Tocante al fatalismo, conviene decir que no es verdadero en absoluto; existe realmente tan sólo para los que carecen de toda actividad propia. La más rudimentaria voluntad basta por sí misma para que, la vida del ser, cambie de orientación; y no, por cierto, prescindiendo de la Ley, o a despecho de la Ley, sino de acuerdo con Ella y *a beneficio de la misma.* Si nuestra evolución no estuviese por entero regida por la Ley, ¿cómo sería posible trabajar sobre seguro en nuestra libera-

ción? Si no supiéramos que de arriba abajo en la escala, una causa cualquiera produce un determinado efecto, ¿cómo podríamos orientarnos hacia la mansión de la paz eterna? La Ley constituye, pues, la única, la más sólida garantía de nuestra libertad: en virtud de Ella, las causas de servidumbre producen la esclavitud; pero así también, en cuanto las referidas causas dejan de ser engendradas *por nosotros*, viene *Ella misma*, por modo infalible y seguro, a romper nuestras cadenas. La Ley está doquiera y en todo. Negarla es lo mismo que abrir las puertas al "*Acaso*"; pues bien: el "Acaso es tan sólo una palabra que forjó la ignorancia; jamás ha existido en el vocabulario del Sabio. De lo dicho se infiere que *sólo por eficacia de la Ley, sólo a beneficio del Karma*, la Voluntad por una parte, y la Sabiduría por otra, pueden libertarnos. Y en tal caso, ¿no resulta ser el Karma el que nos mantiene sujetos a nuestras cadenas? No, ciertamente: Karma es tan sólo la rueda de las causas y de los efectos, rueda que gira sin tregua ni descanso desde el amanacer al atardecer del Universo. *Nosotros propiamente nos atamos a dicha rueda; y las cadenas que nos sujetan hubieron de forjarse por el deseo que de continuo*

nos atosiga. Y sabed que los deseos son pensamientos, son fuerzas que asumen en el mundo astral, formas reales y tangibles. Vosotros ciertamente no percibís dichas formas; no sucede así, sin embargo, con los que tienen abiertos los ojos para tales cosas, pues cierto es que ellos las ven diseminarse por los ámbitos todos del mundo material, como producto que son de la ruda y discorde voluntad de los hombres ambiciosos.

Necesitamos, pues, suprimir el deseo, si queremos cortar de una vez los vínculos que nos mantienen como atados a la rueda de las muertes y de los nacimientos. Y tan sólo es posible suprimir el deseo, eliminando en absoluto el egoísmo, la falsa noción de *separatividad* que informa nuestras acciones. Si pienso, por ejemplo, que "yo me hallo en este lugar y vosotros en aquél; que este objeto es distinto de nosotros; y, por lo tanto, para que yo le posea, es necesario que deje de ser vuestro..."; nacerán de ahí la envidia, los celos y toda clase de odios. Porque sólo puedo desear algo que me sea distinto, lo que esté fuera de mi ser; pero en cambio, si llego a convencerme de que los objetos de mi conciencia radican en mí mismo, como también la Esencia de todas

las cosas, entonces el deseo cae por su base y las cadenas se reducen a polvo.

La liberación total implica la perfecta Sabiduría. Y hasta que esa Sabiduría alcance en nosotros su pleno desarrollo, tendremos que limitarnos a orientar nuestra vida con arreglo a la resultante que sea más favorable, trabajando, en el ínterin, sin descanso, en la supresión gradual del egoísmo, en derribar la barrera que nos separa de nuestros hermanos y de Dios. *Una vida desinteresada es la condición absolutamente indispensable a todo crecimiento.* Al llegar aquí, se nos muestra en toda su desnudez la vanidad del saber humano, de la ciencia puramente *intelectual.* ¡Cuantísimos hombres ilustrados discurren por el ancho camino de la vida, lo mismo que el "mulo cargado de libros", del que nos habla el poeta Indo! Necesario es que, previamente, eliminéis de vosotros la cólera, la ambición y el egoísmo, si aspiráis a la Sabiduría; únicamente así os será posible desarrollar por grados las potencialidades Divinas que son capaces de rasgar el velo engañoso de las ilusiones. "*El corazón puro penetra lo mismo en el Cielo que en el Infierno*", dijo el autor de la Imitación. Nada, seguramente, es más cierto. Recordad,

asimismo, las palabras del Evangelio: "*Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios.*" ¿Podríais decirme, por ventura, cuántos son los que se acercan a nosotros, movidos por algo que no sea la simple curiosidad?

¿No hay entre vosotros alguien, arrastrado tan sólo por el deseo de los poderes psíquicos? Los que abrigan semejante deseo son ambiciosos a su manera; sólo que su ambición es más sutil, más grande y a menudo más peligrosa, para ellos particularmente, que la vulgar codicia del hombre material. Acuden, otros, a estas conferencias, para ver a un hombre vestido de blanco, que, por espacio de algunos días, servirá de tema favorito a sus conversaciones...

¡Cuán exiguo es, por desgracia, el número de aquellas personas que tienen como ideal la pureza de la vida, la rectitud del carácter, el más absoluto desinterés! Estar dispuesto siempre para todo, con el objeto de ayudar a la Humanidad, sin fijar tan siquiera la mente en el propio crecimiento... ¡Ah! ¡para muchos esta conducta es sumamente penosa, con exceso desabrida! Ahora bien: si no es para vosotros lo bastante escuchar el verbo de la filosofía oriental, con que os brindo, y queréis practicarla,

tened en cuenta que el más absoluto desinterés constituye la primera y más indispensable condición para ello, la llave de oro sin la que llamaríais en vano a la puerta de los misterios. ¿Estáis prestos a efectuar esa total renuncia? Si no lo estáis, mis enseñanzas serán para vosotros a modo de frases huecas, vacías de sentido, y nada más: porque vuestra hora no habrá sonado todavía. Más tarde, cuando brote la luz en vuestro espíritu, quizá os acordéis...

Hasta el presente momento, hemos tratado de haceros comprensible lo que es la vida. El rápido examen que acabamos de hacer, nos ha permitido llegar a la conclusión de que existe una Realidad Unica, fuera de la cual todas las cosas no son más que sombras pasajeras. El Hombre, esencialmente, es Uno con Dios. Gime, en la actualidad, sumido en la tristeza, porque se halla cegado por el velo de la ilusión. Pero, con todo, la Divinidad potencial que en él se halla contenida, habrá de revelarse en cuanto se haya despojado de los velos ilusorios que la encubren, y una vez destruya para siempre la cadena inmensa de su Karma, que hubo de forjar en el pasado, con sus propias acciones, palabras y pensamientos.

IX

EL YOGA
LA FILOSOFÍA DEL SANKHYA

Etimología de la palabra «Yoga».— Los principios de la filosofía Sankhyana. El espíritu y la materia constituyen el universo.—Los atributos del Purusha, o el espíritu. — Prakriti o la materia.— Los atributos de Prakriti. — El drama de la existencia tiene a la materia por escenario y al espíritu por espectador.

CAPITULO IX

El Yoga. — La Filosofía del Sankhya

En este capítulo continuaremos el estudio de la filosofía india, siguiendo las huellas de un esclarecido autor.

El sánscrito es un idioma muy a propósito para estudiar con científica precisión la psicología, porque por lo harmónico, sintáctico y perfecto favorece más que cualquier otro idioma la dilucidación de las dificultades psicológicas. Repetidas veces, la sola forma de una palabra da la explicación de su significado o insinúa su relación con otras. Está formado el sánscrito de manera que una sola palabra sirve de clave para gran número de derivaciones, de suerte que es fácil inferir por esta conexión todas las ideas, verdades o hechos análogos.

Tiene esta lengua unas cuantas raíces fundamen-

tales de que se derivan infinidad de vocablos. La raíz de la palabra yoga es *yuj* que significa *unir;* y de esta raíz proceden las voces latinas *jugare* (atar) *júngere* (unir) de las que a su vez se derivan muchas otras de los idiomas neolatinos o romances.

Todas las voces procedentes de la raíz sánscrita *yuj,* sea cual sea el idioma por el cual hayan pasado hasta incorporarse a las lenguas vivas de hoy, facilitarán la comprensión del recto significado de la palabra *yoga,* como señales colocadas en el camino para guía del viajero.

Del examen filológico de dichas palabras se infiere que Yoga expresa unión, relación, conexión, enlace, identificación, etc. Todas estas acepciones con sus variados matices se resumen en la palabra "Yoga". Cuando Shri Krishna dice que "Yoga es equilibrio" acierta en ello, porque el Yoga implica paridad, equiponderación, enlace; y en sánscrito el equilibrio se denomina *samatva,* que entraña la idea de *conjunción.* Por lo tanto, la expresión "Yoga es equilibrio" no denota en sánscrito ningún concepto enrevesado y profundo, sino que es la recta, sencilla y apropiada acepción de la palabra *samatva.*

La misma consideración es aplicable a la palabra

samâdhi, que para el indo y para quien conozca el sánscrito tiene recto significado en la frase "Yoga es samâdhi". Según acabamos de decir, la palabra Yoga significa "unión conjunta", y samâdhi se deriva de la raíz *dha* (colocar) con las preposiciones *sam* y *a* que significan "enteramente unido". Por lo tanto, el significado literal de samâdhi es "colocado enteramente unido" equivalente a la palabra "colocar" o sea co = *sam* y locar = sitio o lugar, esto es, poner dos cosas en un mismo sitio. Así vemos que samâdhi significa colocar, ajustar o componer la mente, o sea unirla en sí, eliminando todo cuanto no le pertenezca; y por lo tanto, lo mismo por análisis filológico como por investigación práctica, las dos palabras "yoga" y "samâdhi" están inseparablemente enlazadas. Además, cuando el comentador Vyasa dice que "Yoga es la mente ajustada" expresa una clara y significativa idea del Yoga; y aunque por asociación de ideas haya venido a expresar samâdhi el estado extático resultante del perfecto ajuste de la mente, no debe olvidarse su primitivo significado.

Consideremos ahora brevemente la relación del Yoga con las dos principales escuelas filosóficas de

la India, pues sin conocer el sánscrito no es posible entender las traducciones de los grandes tratados indos ni las referencias a que aluden, a menos de tener siquiera elemental conocimiento de las dos principales escuelas filosóficas que sirven de base a dichos tratados hoy corrientes entre los orientalistas, y algunos de ellos vulgarizados entre los teósofos, como por ejemplo el *Bhagavad Gîtâ*.

Pocos teósofos o aficionados a la Teosofía habrá, con efecto, que no conozcan este libro. A muchos les sirve de poderoso auxiliar en la vida espiritual y están familiarizados con sus preceptos. Sin embargo, siempre encontrará pasajes más o menos nebulosos quien desconozca la filosofía sânkhyana en que el *Bhagavad* se funda y a cuya modalidad filosófica se ajustan casi todas las palabras técnicas en él empleadas. Aunque hay algunas frases pertenecientes a la filosofía vedantina, la mayor parte corresponden a la sankhyana y desde luego para leer o estudiar el Bragavad el lector o el estudiante han de hallarse familiarizados con los principios de la filosofía sankhyana.

Sin entrar en detalles expondré los fundamentos de esta filosofía, y una vez comprendidos no sólo se

leerá el *Bhagavad* con mayor fruto que antes, sino que será posible emplearlo en el Yoga por un medio que sin conocer algo de la filosofía sankhyana resultaría casi imposible.

Tanto en el *Bhagavad Gîtâ* como en los *Sûtras de Patañjali*, los términos técnicos son sankhyanos, y en la filosofía sankhyana se funda históricamente el Yoga. Prescinde la filosofía sankhyana de la existencia de Dios y sólo trata de la manifestación de un universo y del sistema de evolución. Por esto se le suele llamar *sankhya nirîshvara* que significa sankhya sin Dios. Pero tan íntimamente relacionado está con el sistema Yoga, que a éste se le denomina *sankhya seshvara* o sea sankhya con Dios.

Así, pues, para comprender el Yoga es preciso bosquejar la filosofía sankhyana en la parte que trata de la relación entre el Espíritu y la Materia, notando la diferencia de esta relación con el concepto vedantino del Yo y del No-Yo y harmonizándolos ambos por medio de la teosófica afirmación de los hechos de la Naturaleza. Las instrucciones salidas de labios del Señor del Yoga en el *Gîtâ* parecen a veces contradictorias porque algunas de ellas están expresadas en términos vedantinos y otras en térmi-

nos sankyanos, desde los diferentes puntos de vista de la Materia y del Espíritu en que respectivamente consideran ambas filosofías el mundo. El conocimiento de los hechos capacita a los estudiantes de Teosofía para interpretar las diferentes frases harmonizando su diverso sentido aparente, según veremos ahora.

La escuela sankhyana asienta la afirmación de que el universo está constituído por dos factores, por el primer par de opuestos: Espíritu y Materia o con mayor exactitud Espíritus y Materia. Al Espíritu le llama Purusha, el Hombre; y cada Espíritu es un individuo, una unidad de conciencia. Todos los espíritus tienen la misma naturaleza, pero perpetuamente distintos uno de otro. Hay infinidad de purushas en el mundo de los hombres, y a pesar de su innumerabilidad son de idéntica y homogénea naturaleza. Todos tienen tres características iguales: inteligencia, que se convierte en Conocimiento; vida o prana que se transmuta en Actividad; e inmortabilidad o esencia eternal que llega a ser Voluntad. La eternidad no es como generalmente se cree la perpetua duración del tiempo. Eternidad y Tiempo son dos conceptos totalmente distintos. La

eternidad es invariable, inmutable y simultánea. Ninguna sucesión de tiempo, aunque pudiera ser perpetua, sería eternidad. La característica o atributo de inmutabilidad de que está dotado el purusha nos indica que es eterno, porque la invariabilidad es peculiar de lo eterno.

Tales son los tres atributos del purusha, según la filosofía sankhyana, que corresponden en significado esencial, aunque no en nomenclatura, a las tres cualidades, atributos o características de *Sat, Chit* y *Ananda,* que la filosofía vedantina reconoce en el Espíritu. El Conocimiento es Chit; la Vida, prana o energía es Sat; la inmutabilidad, la esencia eternal o Voluntad es Ananda.

Contra los innumerables purushas, homogéneos en su unidad, se levanta *prakriti,* la materia, el segundo elemento de la dualidad sankhyana. Prakriti es una sola; y purusha son muchos. Prakriti es una continuidad y los purushas una discontinuidad de innumerables unidades homogéneas. La continuidad es la característica de prakriti. Analícese la etimología de esta palabra, y veremos cuál es su significado. Está formada de la raíz *kri* (hacer) y de *pra* (adelante). Por lo tanto, quiere decir "hacer hacia

delante". En efecto, la materia es el medio por el cual la esencia del Ser "llega a ser". El Ser *istente* se convierte en *ex-is-tente,* en manifestado, por medio de la materia; y decir que la materia "hace hacia delante" es explicar su esencia en una sola palabra. Unicamente por medio de prakriti puede el espíritu o purusha "hacer hacia delante" o "manifestarse". Sin el concurso de prakriti queda purusha reducido a una mera abstracción, falto de apoyo. Tan sólo por medio de prakriti y en prakriti puede purusha manifestar sus potencias. También prakriti tiene tres características, las consabidas *gunas,* atributos o cualidades que son: ritmo, movilidad e inercia. El ritmo capacita a la inteligencia para convertirse en conocimiento. La movilidad capacita a la vida para transmutarse en actividad. La inercia capacita a la inmutabilidad para llegar a ser voluntad.

El concepto de la relación entre Espíritu y Materia es muy delicado, y si se tuerce o tergiversa, puede originar muchos errores; pero si se comprende, como es debido, resulta esclarecido el *Bhagavad Gîtâ* en todas sus frases referentes a la acción y al actor, así como se interpreta rectamente el equívoco

de "yo actúo", porque implican ideas peculiares de la filosofía sankhyana.

Cuando se considera aisladamente prakriti, sus tres cualidades están en equilibrio, inmóviles y equiponderadas, de modo que se neutralizan recíprocamente. Entonces la materia se llama *jada,* que significa inconsciente o muerta. Pero en presencia de purusha todo cambia. Al acercarse purusha, sufre la materia un cambio interno, no externo. Dice Vyâsa que purusha actúa en prakriti por propincuidad o acción catalíctica, esto es, que al acercarse purusha empieza a vivir prakriti. Desde luego que la expresión "acercarse" es figurada y sirve para adaptar el concepto a nuestras ideas de tiempo y espacio, pues en realidad no cabe hablar de "acercamiento" cuando se trata del Espíritu que transciende al tiempo y al espacio. Con la palabra "propincuidad" indicamos la influencia de purusha en prakriti, y en cuanto a los obtejos materiales se refiere, esta influencia se ejerce por medio de la propincuidad, proximidad o cercanía.

Si acercamos un imán a un pedazo de hierro dulce o un cuerpo electrizado a otro neutro, se producirán en ambos ciertos cambios resultantes del acer-

camiento. La proximidad del imán, imana el trozo de hierro dulce, dotándole de propiedades magnéticas, de suerte que tendrá los dos polos y atraerá las limaduras de acero, así como también atraerá o repelerá el extremo de una brújula. En presencia de un cuerpo electrizado positivamente, se desdobla la electricidad latente en el cuerpo neutro, retrayéndose la positiva y acumulándose la negativa cerca del cuerpo electrizado.

Así ocurre con purusha y prakriti. Purusha nada hace de por sí más que emitir una influencia análoga a la magnética, que determina un maravilloso cambio en las tres gunas de prakriti. No sé cómo expresarme para evitar todo error. No podemos decir que prakriti absorbe la influencia de purusha ni siquiera que purusha se refleja en prakriti, sino a lo sumo que la presencia de purusha determina ciertos cambios internos y altera el equilibrio de las tres gunas o cualidades de prakriti, que antes de la presencia de purusha estaban inmanifestadas. ¿Qué ocurre cuando purusha influye en prakriti? La cualidad de inteligencia en purusha se refleja en la guna sattva o ritmo y se convierte en conocimiento en prakriti. La cualidad de vida en purusha se refleja

en rajas o movilidad y se transmuta en fuerza, energía o actividad en prakriti. La cualidad de inmutabilidad en purusha se refleja en la guna tamas o inercia y se manifiesta como deseo y después como voluntad en prakriti. Así es que el equiponderado equilibrio de prakriti se altera por la mera proximidad o presencia de purusha, que sin perder nada de por sí detrmina un cambio en la materia, esto es, la aparición del conocimiento, de la actividad y de la voluntad.

Además, ocurre otro cambio. Ni los tres atributos de purusha ni las tres cualidades de prakriti pueden separarse una de las otras dos. De aquí que cuando el ritmo se hermana con la inteligencia está bajo el influjo del trino purusha y no puede por menos de hermanarse también con *algo* de vida y de inmutabilidad, que en contacto con la materia se transmutan o manifiestan en actividad y voluntad. Lo mismo sucede con rajas (movilidad) y con tamas (inercia). En estas diversas combinaciones puede predominar una u otra de las cualidades de la materia y de los atributos del espíritu, y así tenemos las en que predomina inteligencia-ritmo, o vida-actividad o inmutabilidad-inercia. La combinación

en que predomina la inteligencia-ritmo o sea el conocimiento, constituye la "mente en la Naturaleza", esto es, el sujeto o mitad subjetiva de la Naturaleza, mientras que las combinaciones en que predominan cualesquiera de los otros dos pares de elementos constituyen la mitad objetiva de la Naturaleza, la fuerza-materia del científico europeo.

Así tenemos dividida la Naturaleza en dos aspectos: subjetivo y objetivo. Ahora existe en la Naturaleza todo cuanto se necesitaba para la manifestación o actividad, para la producción de formas y expresión de la conciencia. Tenemos mente y también fuerza y materia. Purusha no ha de hacer nada más, porque ha infundido todas sus potencias o atributos en prakriti y permanece inalterable, contemplando desde su propio plano la interacción de sus atributos con las cualidades de la materia. El drama de la existencia tiene la materia por escenario y el espíritu es el espectador, no el actor, porque el actor es la parte subjetiva de la Naturaleza, la mente o reflejo de la inteligencia en la materia rítmica, que actúa en la parte objetiva de la Naturaleza o sea el reflejo de las otras dos cualidades de purusha (vida e inmutabilidad) en las gunas de rajas

y tamas. Así tenemos en la Naturaleza todo lo necesario para la producción del Universo. Purusha es el espectador, no el actor del drama que ante él se representa. Tal es la nota predominante en el *Bhagavad-Gîtâ*. Todo lo hace la Naturaleza. Las gunas producen el Universo. El hombre que dice: "Yo actúo", se equivoca y confunde, porque actúan las gunas y no él, que se limita a ser espectador de la acción. La mayor parte de las enseñanzas del *Gîtâ* se fundan en este concepto del Sankhya, y si este concepto no está claro en nuestra mente, nos será imposible discernir el significado de las frases de una determinada filosofía.

X

EL YOGA
LA FILOSOFÍA VEDANTINA

El Yo es lo que únicamente tiene existencia real.—El hombre tiene las facultades de conocer, querer y obrar.—Maya o la ilusión. — La influencia de la imaginación, mientras el Yo está ligado a la materia.--Las diferencias entre el Sankhya y el Vedante.—¿Cómo esclarece la Teosofía ambos sistemas?—Yoga es la inhibición de las funciones de la mente. —«El cuerpo mental».

CAPITULO X

El Yoga.—La Filosofía vedantina

Vamos ahora a examinar el concepto vedantino, según el cual el Yo es uno, omnipresente, omnipenetrante, la única realidad. El punto inicial de toda la filosofía vedantina es que nada existe en realidad sino el Yo, presente en todas partes y que todo lo llena, todo lo penetra y todo lo inspira. Como el éter penetra la materia, así el único Yo lo penetra, retiene, sostiene y vivifica todo. Dice el *Gîtâ* que el Yo está en la infinita diversidad de objetos, como el aire que por doquiera penetra.

Cuando tratamos de seguir el contorno del pensamiento vedantino y asimilarnos la idea del Yo universal y único, que es existencia, conciencia y felicidad (sat-chit-ananda) nos vemos elevados a una más alta esfera filosófica que la ocupada por el

Sankhya. El Yo es uno. El Yo es por doquiera consciente, existente y bienaventurado. No hay separación entre estas cualidades del Yo. Por doquiera, en todo punto y lugar, abarcándolo todo, se encuentran estas cualidades, y no hay sitio alguno que pueda señalarse diciendo: "Aquí no está el Yo". Donde el Yo existe, y existe en todas partes, hay vida, conciencia y felicidad. La conciencia del Yo imagina limitación y división, de lo que resultan las formas, la diversidad y la multiplicidad. De este pensamiento del Yo, de este pensamiento de limitación deriva la diversidad de lo múltiple. La materia es la limitación que por su propia voluntad se impone el Yo a sí mismo. Cuando el Yo piensa: *Ekoham, bahu syâma.* "Yo soy uno" "¡Yo quiero ser muchos!" "Sea Yo muchos", surge a la existencia el múltiple universo. En esta limitación por El mismo establecida, el Yo existe y es consciente y feliz. Cuando piensa que El es la existencia de por sí, toda existencia es posible. Cuando quiere manifestarse, aparece en existencia la manifestación. Como quiera que en El todo es felicidad, la característica de toda criatura senciente es por ley de la vida el anhelo de felicidad. El universo aparece porque el

Yo piensa en la limitación de sí mismo. En cuanto el Yo cesa de pensar en esta limitación, el universo deja de existir y se desvanece como un sueño. Esta es la idea fundamental del Vedanta. Después acepta el concepto sankhyano de los espíritus o purushas, aunque dice que estos últimos son reflejos del único Yo, cuya actividad los emana y que lo reproducen en miniatura con las limitaciones a que se sujetó el Yo universal. Los espíritus parecen porciones del universo, pero en realidad son idénticos al Yo único cuya limitación se reproduce en ellos. La conciencia del Yo universal se refleja en el individualizado Yo en forma de inteligencia o facultad de conocer; la existencia del Yo universal se refleja en el Yo individualizado en actividad o poder de manifestarse; y la felicidad del Yo universal se refleja en voluntad, la potencia más intensa de todas, que consiste en el anhelo de alcanzar la felicidad. Así vemos que en el Yo individualizado, las facultades de querer, conocer y actuar son reflejos de las cualidades esenciales del Yo universal. De otra manera explicado, tendremos que la conciencia universal es inteligencia en el Yo individualizado; y que así como el Yo universal sólo puede ser consciente de sí mismo

puesto que es la única realidad, el separado Yo llega a ser consciente de los demás Yos separados; la existencia del Yo universal es actividad y conservación en el Yo separado; y la felicidad del Yo universal es en la limitada expresión del Yo individual la voluntad, la autodeterminación que anhela felicidad y aspira a conocerse a sí mismo, pues en esto consiste la más íntima esencia de la humana vida.

La diversidad proviene de la limitación, de restringir las cualidades universales en las particulares del limitado Yo. Unas y otras son idénticas en esencia, aunque parecen diversas en manifestación. El hombre tiene las facultades de conocer, querer y obrar, y estas mismas en infinito grado son las facultades del Yo universal que se manifiestan en el separado Yo con toda diversidad de formas, desde el ínfimo infusorio hasta el supremo Logos.

Así como la filosofía sankhyana dice que cuando el purusha o Yo particular se identifica con la materia en que se refleja, resulta de ello engaño y esclavitud, la filosofía vedantina dice también que cuando el individualizado Yo, eternamente libre de por sí, se considera ligado a la materia, identificándose con sus limitaciones, sufre una alucinación bajo el dominio de *mâyâ*, que así se llama la identificación del Yo con sus limitaciones. El de por sí eternamente libre Yo no puede nunca quedar esclavizado a la materia; al eternamente puro no puede mancharle la materia; al eternamente omnisciente no puede alucinarlo la materia; al eternamente volitivo no puede subyugarlo la materia. Pero mientras no ha desenvuelto su conciencia, está expuesto el Yo a los resultados de su contacto con la materia, y esta transitoria ignorancia lo esclaviza y lo ata y limita sus inherentes cualidades. Está ligado a la materia porque se imagina estarlo. Es impuro porque se imagina impuro. Es ignorante porque se imagina ignorante. Al desvanecerse la ilusión se percata de que es eternamente libre, eternamente puro, eternamente sabio.

La gran diferencia entre el Sânkya y el Vedanta consiste en que según el Sankhya, purusha es espectador y nunca actor, y según el Vedanta, el Yo es el único actor y todo lo demás es mâyâ. Como dice el Upanishad: El Yo quiso ver y tuvo ojos; quiso pensar y tuvo mente. Los ojos, los oídos y la mente existen porque el Yo quiso que existieran. El Yo se

reviste de materia para manifestar sus potencias por medio de ella.

Según el Sankhya, la proximidad de purusha eleva en la materia a prakriti todas estas características, de suerte que actúa prakriti y no purusha. Según el Vedanta, únicamente existe el Yo y únicamente el Yo actúa. Imagina limitación y aparece la materia, de la que se reviste para manifestar su capacidad.

El Sankhya tiene del universo el mismo concepto que el científico, y el Vedanta el mismo que el metafísico. Haeckel, sin darse cuenta, expone casi perfectamente la filosofía sankhyana, y en toda su pureza la hubiese expuesto si añadiera la idea de la proximidad de purusha que el Sankhya postula en su última dualidad. Haeckel admite los dos principios de fuerza y materia y reconoce la mente en la materia, pero no habla del purusha. La última obra de Haeckel, cuya crítica hizo Oliver Lodge, es enteramente inteligible bajo el concepto induista por coincidir en casi todos sus puntos con la filosofía sankhyana. Es el concepto del científico indiferente al "por qué" de los hechos que registra. En cambio, el Vedanta es el concepto del metafísico. Indaga la

unidad en que arraiga toda diversidad y a la que todo lo vario ha de volver.

Ahora bien; ¿cómo esclarece la Teosofía ambos sistemas filosóficos? Apoyada como de costumbre en los hechos del universo, la Teosofía capacita al pensador para conciliar las afirmaciones de una y otra escuela tan en apariencia contradictorias. La Teosofía coincide con el Vedanta en el reconocimiento y proclamación del Yo universal, así como también acepta todo cuanto el Vedanta dice acerca de la autolimitación del Yo universal. Al Yo limitado le llamamos Mónada y estamos de acuerdo con la filosofía vedantina en que las mónadas reproducen o reflejan la naturaleza del Yo universal, del que son partículas, por lo que poseen esencialmente las mismas tres cualidades del Yo universal. Son las mónadas unidades análogas a los purushas de la filosofía sankhyana, pero con la cardinal diferencia de que no son espectadores pasivos, sino agentes activos en el drama universal, aunque por hallarse sobre el quíntuple universo pueden compararse a espectadores que por medio de cordeles movieran a los actores en la escena. La Mónada toma para sí del universo de materia, átomos provistos de las tres

cualidades prakríticas correspondientes a las tres cualidades purúshicas, y por medio de dichos átomos piensa, quiere y actúa la Mónada. Al tomar la materia rítmica manifiesta por medio de ella la facultad de inteligencia o cognición. Al tomar materia movediza manifiesta en ella su actividad; y por medio de la materia inergética demuestra la felicidad o aptitud de ser feliz.

Veamos ahora las diferencias de pensamiento y expresión. Según el Sankhya, la materia cambia al reflejarse en ella el espíritu, que se reviste de una porción de materia por cuyo medio manifiesta sus peculiares características. En esto se advierte una enorme diferencia con la filosofía vedantina. El espíritu crea un actor de su expresión, y este actor es el "hombre espiritual" de las enseñanzas teosóficas, la Tríada espiritual, el Atma-Buddhi-Manas.

La Mónada permanece siempre más allá del quíntuplo universo y en este sentido es espectador. Mora más allá de los cinco planos materiales: átmico (akásico), búddhico (de Vâyu), mental (de Agni), astral (de Varuna) y físico (de Kubera). Por encima de estos cinco planos la Mónada, el Espíritu, permanece con su propia conciencia y voluntad. Reina y

vive eternamente en su inmutable morada. Pero según dijimos, se reviste de materia. Toma para sí un átomo del plano átmico en el que infunde su voluntad y es el atma. Se apropia un átomo del plano búddhico en el que se refleja su razón y es el buddhi. Se asimila un átomo del plano manásico en el que incorpora su actividad y es el manas. Así tenemos atma + buddhi + manas. Esta Tríada es el reflejo en el quíntuple universo de la Mónada residente más allá de él. Tales son los hechos de la Naturaleza.

La terminología teosófica puede identificarse con la de las diversas escuelas filosóficas. La Mónada de la Teosofía es el jivâtmâ de la filosofía induísta, el perusha de la sankhyana, y el individualizado Yo de la vedantina. La trina manifestación Atma-Buddhi-Manas es el resultado de la aproximación de purusha a prakriti, según la filosofía sankhyana; el Yo en sus más sutiles envolturas según la vedantina. En una tenemos el Yo y sus envolturas; en otra el Sujeto o reflejo de purusha en la materia.

Fácilmente se comprende que son los mismos los hechos aunque considerados desde distinto punto de vista. La Teosofía se acerca más al Vedanta que al

Sankhya; pero conociendo los hechos, cabe colocar sin confusión en sus respectivos lugares las afirmaciones de ambas filosofías. Aprended los hechos y podréis explicar todas las teorías. En esto consiste la valía de las enseñanzas teosóficas, pues expone los hechos y deja libre el estudio de las filosofías con la ventaja de llevar una luz en la mano en vez de quedarse a obscuras.

Comprendida la naturaleza de hombre espiritual ¿cómo consideramos las manifestaciones de conciencia? Como dualidades, con espíritu-materia en todos los planos de nuestro quíntuple universo. El científico dirá que es materia espiritualizada; el metafísico lo llamará espíritu materializado. Ambas expresiones son igualmente verdaderas, puesto que tanto el espíritu como la materia están siempre presentes en toda manifestación, y en cuanto vemos no actúa sólo la materia sino el espíritu-materia inseparables durante el período de manifestación. Por lo tanto, si en algún libro antiguo leemos que "la mente es material" no nos confundamos, porque el autor habla según los principios de la filosofía sankhyana que por todas partes ve materia capacitada para actuar por la presencia del espíritu. No hay que con-

fundir la repetida afirmación induísta de que "la mente es material" con el opuesto concepto de los materialistas que dicen que "la mente es producto de la materia", lo cual es muy distinto. Aunque el sankhyano use expresiones materialistas siempre admite la vivificante influencia del espíritu, mientras que el materialista dice que el espíritu es producto de la materia. En realidad los separa un abismo, por más que suelan emplear el mismo lenguaje.

Dice Patañjali que "Yoga es la inhibición de las funciones de la mente". Las funciones de la mente deben suprimirse, y a fin de comprender lo que esto significa, conviene aclarar el significado que los filósofos indos dan a la palabra "mente".

La mente, en la más amplia acepción de este vocablo, tiene tres grandes propiedades o facultades: inteligencia, deseo o voluntad y actividad. Pero el Yoga no se relaciona inmediatamente con las tres sino tan sólo con la inteligencia o facultad de conocer, esto es, el sujeto de la filosofía sankhyana. Sin embargo, según hemos visto, no es posible separar la inteligencia independientemente de las otras dos cualidades, porque la conciencia es una unidad y aunque tratemos de aquella parte de la conciencia

que específicamente llamamos cognición o inteligencia, no podemos considerarla aisladamente. De aquí que el psicólogo indo, al estudiar la inteligencia o cognición, la subdivide en otras tres cualidades o en cuatro, como la subdivide la filosofía vedantina, aunque en esto se equivoca, dicho sea con todo respeto.

En los libros vedantinos se le llama a la mente el "órgano interno", el *antahkarana,* pero sólo con relación a la inteligencia y no a la actividad y el deseo. Dicen los vedantinos que el antahkarana es cuádruple y está compuesto de manas, buddhi, ahankâra y chitta, aunque esta cuádruple subdivisión es sumamente extraña, pues sabemos lo que son manas, buddhi y ahankâra; pero ¿qué es chitta? Si se lo preguntáis a un vedantino, os responderá muy vagamente. Por lo tanto, analizad la cuestión a la luz de la idea teosófica de tres términos coronados por un cuarto, si bien este cuarto no sea más que el resumen de los otros tres, es decir, que manas, buddhi y ahankâra son los tres lados de un triángulo llamado chitta, de suerte que chitta no es un cuarto término sino la suma de manas, buddhi y ahankara, con arreglo a la antigua idea de la trinidad en la

unidad. Repetidamente emplea Blavatsky este resumen de chitta como un cuarto término de sus tres elementos, porque seguía los métodos antiguos. El cuarto término, chitta, es la suma de los otros tres, pero no diferente de ellos, y constituye una unidad a pesar de su aparente diversidad. Apliquemos este razonamiento al antahkarana.

Consideremos la facultad, cualidad o propiedad de cognición, por otro nombre inteligencia, puesto que es la facultad de conocer, y aunque predomine en el Yo, no puede existir absolutamente sola. El Yo entero actúa en cada acto de cognición. Lo mismo sucede en las otras dos facultades. Una no puede existir separada de las otras dos. Si predomina la cognición, las otras dos están presentes, pero subordinadas a ella. Allí están la actividad y la voluntad. Si consideramos la cognición tan pura como sea posible, retraída y reflejada en sí misma, tendremos el buddhi o razón pura, la verdadera esencia de la cognición o intelecto representado en el universo por Vishnu, la sabiduría que mantiene el universo. Si consideramos la cognición reflejada externamente en su cualidad hermana la actividad, tendremos una entremezcla de cognición y actividad, a que

llamamos manas o mente activa en el hombre y Brahmâ en el universo. Cuando la cognición se refleja en la voluntad es el ahankâra, el Yo soy Yo en el hombre y Mahâdeva en el universo. Así tenemos dentro de los límites de la cognición o facultad intelectiva una triple división constituyente del órgano interno o antahkarana formado de manas + buddhi + ahankâra sin otro cuarto término. ¿Qué es entonces chitta? El resumen de los tres; los tres tomados conjuntamente; la totalidad de los tres. En el antiguo método de enumerar estas cualidades se divide en cuatro el antahkarana.

Trataremos ahora del cuerpo mental que en la práctica se toma por sinónimo de mente. Lo primero que ha de hacer quien practique el Yoga es separarse del cuerpo mental y reconcentrarse en el vehículo inmediatamente superior. Conviene recordar lo ya expuesto repetidas veces, de que en Yoga se conceptúa como Yo la conciencia *más* los vehículos de que todavía no es capaz de separarse la conciencia. En la práctica del Yoga es el Yo todo lo superior al cuerpo de que el individuo no puede aún prescindir, y el primer esfuerzo ha de tener por objeto separarse del cuerpo mental. En estas

condiciones, el manas ha de identificarse con el Yo, y la tríada espiritual, el Atma-Buddhi-Manas, se ha de considerar desligada del cuerpo mental. Este es el primer paso. El practicante del Yoga ha de ser capaz de tomar y dejar su mente como si fuera una herramienta, antes de que sea provechoso para el ulterior progreso del Yo el desprenderse de sus vehículos. Por esto se toma el cuerpo mental como punto de partida. Suprimid los pensamientos. Aquietadlos. Sosegadlos.

Ahora bien; ¿cuál es la ordinaria condición del cuerpo mental? Al observar este cuerpo desde un plano superior, se echa de ver en él un continuo cambio de colores, que unas veces provienen del interior y otras del exterior. En ocasiones, una vibración procedente del exterior determina un cambio en la conciencia y su correspondiente cambio de color en el cuerpo mental. Si ocurre un cambio de conciencia, produce una vibración en la materia en que funciona la conciencia. El cuerpo mental está continuamente cambiando de matices y colores con vivísima rapidez en toda su masa. El Yoga ha de detener estas variaciones y por su virtud han de cesar las vibraciones y los cambios. Al cesar los

cambios de conciencia, cesa la vibración del cuerpo mental, cesan también los cambios de conciencia. En el cuerpo mental de un Maestro no hay más cambios de color que los determinados interiormente, pues los estímulos externos no provocan respuesta ni vibración alguna en aquel cuerpo mental perfectamente subyugado. El color del cuerpo mental de un Maestro es como el de la luz de la luna al rielar en el océano. Interiormente, la blancura de esta luz entraña toda posibilidad de color; pero nada del mundo exterior puede determinar el más leve cambio matizado en su serena radiación. Si ocurre un cambio en la conciencia del Maestro, se manifestará por una onda de suavísimos matices en el cuerpo mental, cuyos cambios de color corresponderán siempre a los impulsos internos y nunca a los estímulos externos. El Maestro no se identifica con su cuerpo mental, sino que lo emplea como instrumento y puede tomarlo y dejarlo a voluntad. Es para él como una envoltura externa que utiliza cuando ha de ponerse en relación con el mundo inferior.

El cese de todo cambio de color en el cuerpo mental se llama inhibición de las funciones mentales en la práctica del Yoga. Es preciso empezar por el dominio del cuerpo mental y aprender a paralizar sus vibraciones, de modo que permanezca incoloro, quieto y sosegado, sin responder más que a los impulsos con que deliberadamente se le ponga en vibración. ¿Cómo conoceréis que la mente está ya subyugada y no se identifica con ella el Yo? Cuando por la acción de la voluntad seáis capaces de detener la corriente de pensamientos y mantener en perfecta quietud la mente. Envoltura tras envoltura han de irse transcendiendo, y la prueba de que habéis transcendido una de ellas es que ya no puede afectaros aunque vosotros podáis afectarla. Desde el momento en que nada externo sea capaz de conturbaros ni de conmover la mente, desde el instante en que la mente no responda a los estímulos externos sin vuestro consentimiento, podréis decir de ella: "Esto no soy Yo", entonces pertenece la mente al mundo exterior y ya no se identifica con el Yo.

Después se procede de análoga manera a la subyugación del cuerpo causal, y una vez lograda se intenta la del cuerpo búddhico y por último la del átmico.

No es extraño que al hablarle de la inhibición de las funciones mentales, el desorientado estudiante

pregunte: "¿A dónde va a parar entonces la mente?" "Si suprimís todas sus funciones, ¿qué le dejáis?" En el método didáctico de la filosofía india, cuando los alumnos tropiezan con una dificultad se la exponen al instructor, y en los comentarios aparece siempre la cuestión dificultosa. Pantañjali responde: "El espectador permanece en su propia forma." La Teosofía dice: "La Mónada subsiste." El término de la peregrinación humana, el más alto punto a que la humanidad puede ascender es el en que desaparecen todos los reflejos en el quíntuple universo donde la Mónada ha manifestado sus potencias, y se ve a sí misma enriquecida por las experiencias que fué acumulando en sus manifestados aspectos. Pero en la filosofía sankhyana la dificultad es muchísimo mayor, porque cuando el espectador se queda solo y cesa el espectáculo, también casi se desvanece el espectador, cuya única función era presenciar las actividades de la mente, y cuando cesan estas actividades ¿qué queda? El espectador ya no es tal porque no tiene ante sí espectáculo alguno. La única respuesta satisfactoria es que "el espectador permanece en su propia forma". Está ya fuera de la manifestación, ha transcendido la

dualidad y el Espíritu se sume en latencia, incapaz ya de manifestación.

Aquí observamos una muy grave diferencia con los hechos del universo, porque según estos hechos, cuando cesan todas las funciones, la Mónada domina la materia y se dispone a un nuevo ciclo de actividad, no ya como esclava sino como dueña.

La analogía nos muestra que a medida que el Yo se va desidentificando de sus vehículos no pierde sino que gana en la conciencia de sí mismo, que es cada vez más vívida porque al desechar uno tras otro los velos de materia reconoce sucesivamente que no son él los cuerpos, y por este proceso de desidentificación, aumenta y no disminuye en agudeza el conocimiento de sí mismo.

Conviene advertir que los filósofos occidentales han incurrido en el craso error de confundir el estado nirvánico de absoluta liberación con la inconsciencia o aniquilamiento individual, y este error los expone a otro análogo cuando tratan de la práctica del Yoga. Sin embargo, la condición del salvaje que se identifica en absoluto con su cuerpo y ni aun en pensamiento puede separarse de él, es el polo opuesto de la condición del hombre que llega a la pleni-

tud de fuerza, vigor y lucidez de su conciencia mental.

La conciencia del salvaje, limitada al cuerpo físico con eventuales toques de conciencia astral, tiene muy restringida esfera de actividad, pues no alcanza a los términos de la del hombre civilizado ni a las altezas del pensamiento abstracto. Así vemos que la conciencia del salvaje es menos vívida que la del civilizado, porque éste ha trascendido el estado salvaje y por ser conciencia más bien astral que física ha ganado en vividez. De la propia suerte, a medida que el Yo se va desprendiendo una tras otra de sus envolturas, se conoce cada vez con mayor intensidad a sí mismo. El centro acrecienta su poder según va siendo más permeable la circunferencia, y al fin llega el centro a conocerse a sí mismo en todos los puntos de la circunferencia. Entonces la circunferencia se desvanece y queda subsistente el centro. Así como el hombre civilizado tiene la conciencia más viva que el salvaje, asimismo va el Yo avivando su conciencia según asciende por la escala de la vida desechando envolturas tras envoltura. Es más consciente de la existencia, del conocimiento y de su poder o facultad de voluntaria determinación. Las

facultades del Yo brillan más espléndidamente a medida que caen uno tras otro los velos de materia. Por analogía inferimos que la conciencia de la Mónada completamente desenvuelta ha de ser más potente, más vívida y perfecta. Según aprendemos a vivir en verdadera vida, son más vigorosas nuestras facultades y sentimientos.

Recordemos que el Yo ejerece su influencia dominante en envolturas materiales o porciones del No-Yo. Por esto es una expresión errónea decir que hemos de dominar nuestro Yo. Lo que hemos de dominar en todo caso es el yo inferior, que equivale a nuestro No-Yo, porque el Yo no necesita ser dominado, puesto que es el interno e inmortal Gobernador. Es el que regula, no el regulado. Cuando envoltura tras envoltura todas queden sujetas a nuestro Yo, y cuerpo tras cuerpo sean sus instrumentos, comprenderéis la verdad de la expresión del Upanishad al decir que vosotros sois el Yo, el interno e inmortal Gobernador.

XI

LA MUERTE

La muerte pierde todo su carácter aterrador considerada a la luz de la Nueva Filosofía.—No es más que un tránsito hacia un grado superior en la evolución. El periodo de vida astral es de depuración para el espíritu. — El hombre es el que por sus actos decide de la duración de la vida astral, en su evolución hacia el plano Mental.

CAPITULO XI

La Muerte

Uno de los más importantes resultados prácticos que se derivan de una perfecta comprensión de las verdades de la Nueva Filosofía, es el cambio radical que necesariamente se opera en nosotros con respecto al modo de apreciar la muerte. Es imposible calcular el gran número de pesares, miserias y terrores completamente innecesarios que la Humanidad en conjunto ha sufrido a causa únicamente de su ignorancia y superstición de lo que se ha venido en llamar la muerte. Existe entre nosotros una gran masa de falsas y necias creencias acerca de este punto que causaron males indecibles en el pasado, y que están causando sufrimientos indescriptibles en el presente, por cuyo motivo el desarraigarlas sería uno de los mayores beneficios que se podría hacer a la humana raza.

Este beneficio lo confiere desde luego la doctrina teosófica a los que en vidas pasadas se consagraron al estudio de la filosofía, y, por lo tanto, se hallan al presente bastante maduros para aceptarla. Esta doctrina despoja al momento a la muerte de todos sus terrores y a muchos de sus pesares, al propio tiempo que nos hace aptos para contemplarla en sus verdaderas proporciones, así como nos hace comprender el verdadero lugar que ocupa en el esquema de nuestra evolución.

En tanto que la muerte sea considerada como el fin de la vida, como la entrada en una misteriosa cuando no temible y descooncida mansión, es muy natural que sea mirada no sólo con verdadera desconfianza, sino con justificado temor. Así, pues, a despecho de todas las enseñanzas religiosas predicadas para producir un efecto contrario, el miedo es el sentimiento que ha prevalecido en el mundo Occidental. Se ha rodeado a la muerte de espantosos terrores, haciéndose de esto una costumbre que ha sido seguida inconscientemente por muchos que debieran saber mejor a qué atenerse con respecto a este punto. Todos los tristes atavíos del dolor—los agentes funerarios, las plumas, el terciopelo negro,

el crespón, la fúnebre librea, el orlar de negro las cartas y tarjetas—, todo esto sólo demuestra la supina ignorancia de aquellos que de tales cosas hacen uso. El hombre que principia a comprender lo que es la muerte, excluye inmeditamente todos estos emblemas, considerándolos como un juego de niños, pues al momento ve que el llorar la buena fortuna de su amigo sólo porque envuelve para él la pena de una momentánea separación, es una manifestación de egoísmo. No puede evitar el sentimiento penoso que le produce la separación temporal, pero puede evitar que su pena repercuta y moleste al amigo que ha partido. Sabe que no existen motivos para temer ni llorar la muerte, tanto por lo que a sí mismo se refiere, como por las personas a quienes ama. Sabe que todos hemos pasado anteriormente muchas veces por ella, de suerte que acerca de este punto nada le es extraño. En vez de representarla con ese aspecto repulsivo y terrorífico más lógico y más razonable la simboliza en forma de un ángel libertador trayendo la llave de oro que nos permite abrir la puerta que da acceso a los gloriosos reinos de la vida superior.

Este hombre se da cuenta exacta de que la vida

no tiene principio ni fin, y que la pérdida del cuerpo físico sólo significa el abandono de un vestido, en modo alguno afecta al hombre verdadero que lo lleva. Ve que la muerte es simplemente el paso desde una vida que sólo es semifísica, a otra que es completamente astral, y, por lo tanto, mucho más elevada. Así, pues, cuando la ve venir para sí mismo, la acoge con placer sincero, y cuando llega para aquellos a quienes ama, comprende al punto el gran beneficio que reciben, aun cuando no puede dejar de experimentar un cierto sentimiento de pesar egoísta debido a que *él* tendrá que estar temporalmente separado de ellos. Pero sabe también que esta separación no es en realidad más que aparente, no real. Sabe además que la llamada muerte la tiene muy cerca de sí, y que le basta sumir temporalmente a su cuerpo físico en el sueño, para estar al lado de sus amigos y comunicarse con ellos como hacía antes. Ve claramente que el mundo es uno, y que las mismas leyes Divinas gobiernan el conjunto en sus aspectos, bien sea visible o invisible a la vista física. Por lo tanto, no le causa impresión alguna, ni le produce extrañeza el pasar desde una a otra parte del mismo, así como no experimenta ninguna clase de duda acerca

de lo que hallará al otro lado del velo. De esta suerte todo el mundo invisible es clara y plenamente comprendido por él, debido a la labor de los investigadores teosóficos, y llega a conocerlo tan bien como a la vida física, y así se halla preparado para pasar al mismo sin vacilación alguna, siempre que esto sea lo más útil y ventajoso a su evolución.

Para más completos detalles acerca de las diversas etapas de esta vida superior, remitimos al lector a los libros dedicados especialmente a este asunto. Basta decir aquí que las condiciones bajo las cuales el hombre pasa a esta otra parte del mundo, son exactamente las que ha elaborado por sí mismo. Los pensamientos y deseos que ha fomentado en su fuero interno durante la vida terrena, toman la forma de entidades vivientes definidas, revoloteando en torno suyo y reaccionando sobre él hasta que la energía que en ellas imprimió se ha agotado. Cuando estos pensamientos y deseos han sido poderosa y persistentemente malos, los compañeros de esta suerte creados pueden en verdad ser terribles; pero afortunadamente tales casos se presentan en una muy escasa minoría entre los habitantes del mundo astral. Lo peor que el común de las gentes del mundo cosechan

generalmente para sí después de la muerte, es una inútil, indefinida y fastidiosa existencia desprovista de toda clase de vital interés, siendo esto la consecuencia natural de una vida desperdiciada aquí, en la tierra en disimularse los propios defectos, y en perder el tiempo entre las frivolidades y los ocios.

A este fastidio pueden añadirse, bajo ciertas condiciones, verdaderos sufrimientos. Si un hombre, durante su vida terrestre, ha permitido que un fuerte deseo físico le dominara; si, por ejemplo, se ha hecho esclavo de un vicio tal como el de la avaricia, de la sensualidad o de la embriaguez, en este caso ha acumulado sobre sí muchos sufrimientos para después de su muerte, puesto que, al dejar el cuerpo físico, en modo alguno deja tras sí estos deseos y pasiones, sino que, por el contrario, éstos persisten tan vívidos como antes, y aun son más activos cuando ya no disponen de las groseras partículas de materia densa para ponerse en acción. Lo que el hombre pierde después de la muerte es el poder de saciar estas pasiones que, no obstante, persisten como un fuego devorador, como deseos roedores no satisfechos e insaciables. Con lo dicho se verá que esto constituye un verdadero infierno para el desgraciado que se halla en esta situación, aunque, por supuesto, sólo es un infierno temporal, dado que en el decurso del tiempo estos deseos deben consumirse por sí mismos, agotando su energía debido al mismo sufrimiento que producen. Terrible destino es éste, en verdad; sin embargo, existen dos puntos acerca de este asunto que no debemos perder de vista. En primer lugar, el hombre, no sólo ha atraído sobre sí este destino, sino que además ha fijado por sí mismo su intensidad y duración. Ha permitido que durante su vida terrena tomara este deseo un determinado incremento, y ahora ha de combatirlo y dominarlo. Si durante la vida física ha hecho esfuerzos para subyugarlo y reprimirlo, tendrá ahora muchas menos dificultades para vencerlo. Ha creado por sí mismo al monstruo con el cual tiene ahora que luchar. Sea cual fuere la fuerza que su enemigo posee, esta fuerza es exactamente la que el hombre le ha dado. Por lo tanto, su destino no le ha sido impuesto por ninguna mano extraña, sino que es debido a sus propias acciones. En segundo término, el sufrimiento que de esta suerte el hombre atrae sobre sí mismo, es el único medio que tiene para redimirse. Si le fuese posible evitarlo, y pasar a través de

la vida astral sin este gradual aniquilamiento de los deseos inferiores, ¿cuál sería el resultado? Evidentemente el de que entraría en su próxima vida física completamente bajo el dominio de estas pasiones. Nacería un borracho, un sensualista, un avaro, y mucho tiempo antes de que fuese posible enseñarle que debe esforzarse en reprimir tales pasiones, éstas se habrían hecho demasiado fuertes para que le fuese posible dominarlas, y de esta suerte reducirían a la esclavitud su cuerpo y alma, resultando de ello otra vida infructuosa, otra oportunidad desperdiciada. Entraría así dentro de un círculo vicioso del cual le sería imposible escapar, y su evolución quedaría indefinidamente paralizada.

El esquema Divino no es tan imperfecto. La pasión se agota durante la vida astral, y el hombre vuelve a la existencia física sin ella. Verdad es que la debilidad de la mente que permitió quel a pasión dominara al hombre, subsiste todavía; también es verdad que el hombre ha formado para sí, para esta nueva vida, un cuerpo astral capaz de expresar exactamente las mismas pasiones anteriores, de modo que le sería fácil volver a caer en sus antiguos vicios. Pero el yo, el hombre verdadero, ha recibido una

terrible lección, y seguramente hará toda clase de esfuerzos para impedir que su manifestación inferior vuelva a incurrir en la tentación de caer nuevamente bajo el dominio de estas pasiones. El hombre conserva todavía dentro de sí los gérmenes de estas pasiones; pero si ha merecido nacer de padres buenos y sabios, éstos le ayudarán a desenvolver el bien en él, así como a rechazar el mal. Estos gérmenes permanecerán inactivos y se atrofiarán, de suerte que en la próxima vida quedarán completamente extinguidos, y, por lo tanto, no volverán a aparecer. De esta suerte, el hombre domina y elimina lentamente sus vicios, y desenvuelve las virtudes para reemplazar a aquéllos.

Por otra parte, el hombre que es inteligente y que tiene rectas intenciones, que comprende las condiciones de esta existencia no física, y que se toma la molestia de adaptar su conducta a las mismas, practicando el mayor número posible de ellas, halla abierta ante sí una espléndida perspectiva de oportunidades para adquirir nuevos conocimientos y para llevar a cabo trabajos provechosos. Descubre que la vida fuera del cuerpo denso, tiene una vividez y esplendor que comparados con todos los goces terre-

nos, son como la luz del sol a la de la luna, y que por medio de su claro conocimiento y serena confianza, el poder de la vida infinita brilla sobre todos los que le rodean. Puede convertirse en un centro de paz y alegría inexplicables para centenares de sus semejantes, y puede hacer mayor suma de bien en algunos pocos años de esta existencia astral, que jamás pudo hacer en la más dilatada vida física.

Está bien seguro, además, de que tiene ante sí, otra todavía más grande etapa de esta maravillosa vida post-mórtem. Del mismo modo que con sus deseos y pensamientos pecaminosos ha creado para sí los obstáculos que le rodean y asedian en su vida astral, de la propia suerte con sus pensamientos elevados y sus nobles aspiraciones ha labrado para sí una vida en el mundo celeste, puesto que el cielo no es un sueño, sino una viviente y gloriosa realidad. No es una ciudad situada a lo lejos, más allá de las estrellas, con puertas de perlas y calles de oro, reservada para mansión de unos pocos privilegiados, sino un estado de conciencia por el que todos los hombres pasan durante el intervalo que media entre sus vidas terrestres. No es, en verdad, una morada eterna, sino un estado de felicidad indescriptible que

perdura a través de muchos siglos. Mas no es esto sólo, pues aun cuando es cierto que encierra todas las más bellas y más espirituales concepciones que acerca del Cielo han sido preconizadas por diversas religiones, no debe, sin embargo, en manera alguna, ser considerado desde este único punto de vista. Es un reino de la Naturaleza de capital importancia para nosotros, un vasto y espléndido mundo de exuberante vida en el cual vivimos al presente lo mismo que en los períodos que median entre las encarnaciones físicas. Sólo nuestro escaso desarrollo, sólo las limitaciones que nos impone este vestido de carne, es lo que nos impide que podamos ver, y que podamos cerciorarnos cumplidamente de que toda la gloria de los más elevados cielos está aquí en este momento junto a nosotros, y que las inspiraciones que emanan de este mundo están constantemente fluyendo sobre nosotros, bastando que por nuestra parte queramos comprenderlas y recibirlas. Por imposible que esto pueda parecer al hombre mundano, para el ocultista es la más evidente de las realidades. A los que todavía no han conseguido asimilarse esta fundamental verdad, sólo podemos repetirles el consejo dado por el instructor Buddhista: "No os la-

mentéis, no lloréis, no roguéis, mas abrid vuestros ojos y ved. La luz está toda entera junto a vosotros, con tal que os toméis la molestia de apartar la venda que cubre vuestros ojos, y mirar. Esta luz es mucho más maravillosa, mucho más bella, y se halla muy por encima de todo cuanto puede el hombre imaginar o soñar, y existe por siempre y para siempre."

Cuando el cuerpo astral, que es el vehículo de los pensamientos y deseos inferiores, se ha extinguido gradualmente, y ha sido, al fin, abandonado, el hombre se halla habitando aquel vehículo superior de materia sutil que hemos llamado el cuerpo mental. En este vehículo se halla capacitado para responder a las vibraciones que le llegan de la misma clase de materia del mundo externo, esto es, la naturaleza del plano mental. Su tiempo de purgatorio ha pasado; la porción inferior de su naturaleza se ha consumido y disipado, y ahora sólo persisten los pensamientos y aspiraciones elevadas que sustentó durante su vida terrestre. Estos pensamientos se agrupan y le rodean formando una especie de envoltura en torno de sí, y por medio de ella puede responder a determinadas clases de vibración de esta sutil materia. Los pensamientos que le rodean son los poderes por medio de

los cuales atrae la felicidad del mundo celeste. El plano mental es una reflexión de la Mente Divina, un depósito de una capacidad infinita, del cual la persona que goza de la bienaventuranza celeste puede extraer justamente lo que le permite el poder de los pensamientos y aspiraciones que generó durante su vida física y astral.

Todas las religiones se han ocupado de la felicidad del Cielo; sin embargo, pocas son las que nos han expuesto de un modo claro esta capital doctrina, única que explica racionalmente el por qué es posible igualmente para todos semejante felicidad. Del conocimiento de esta doctrina es, sin disputa, la clave, el hecho de que cada hombre forma su propio cielo por medio de la selección de los inefables esplendores del Pensamiento de Dios Mismo. El hombre decide por sí mismo acerca del carácter y duración de su vida celeste, por medio de las causas que él mismo generó durante su vida. Por lo tanto, sólo puede tener exactamente lo que ha merecido; así como la clase de goce que más exactamente se adapta a sus idiosincrasias. Este es un mundo en el cual cada ser debe gozar, por el mero hecho de tener

su conciencia en él, de la felicidad espiritual más elevada de que es susceptible; un mundo cuyo poder de responder a sus aspiraciones sólo está limitado por su capacidad de aspirar.

XII

EL PASADO Y FUTURO DEL HOMBRE

El recuerdo de vidas anteriores.—Existe una especie de memoria en la Naturaleza.—Lo que demuestra la Psicometría.—El fin del hombre es siempre glorioso, pero de sus acciones depende acelerar o retardar la evolución.—Para los que conocen la Ley y la Voluntad sólo existe la Paz perfecta.

CAPITULO XII

El Pasado y Futuro del hombre

Una vez en posesión del hecho de que el hombre ha alcanzado su presente estado por medio y a través de una larga y variada serie de vidas, surge naturalmente una pregunta en nuestra mente, que consiste en saber si podemos obtener datos acerca de esta primitiva evolución, datos que, naturalmente, serían para nosotros del más vital interés. Afortunadamente tales datos pueden obtenerse no sólo por la tradición, sino por otro conducto mucho más seguro. No dispongo de espacio aquí para extenderme acerca de las maravillas de la psicometría, por lo cual diré simplemente que existen pruebas abundantes que demuestran que nada puede suceder sin que de ello queden y persistan recuerdos indelebles; que existe una clase de memoria en la Naturaleza de la cual se puede volver a tomar con absoluta seguridad

y certeza, una verdadera, completa y perfecta pintura de cualquier escena o acontecimiento que haya tenido lugar desde el principio del mundo. Aquellos para quienes este asunto es completamente nuevo, y que, por lo tanto, desean tener pruebas, deben consultar la "Psicometría" del Dr. Buchanan, o "El Alma de las Cosas" del profesor Denton. Como quiera que sea, a todos los estudiantes de Ocultismo les es familiar tal posibilidad, y muchos de ellos conocen el método que se debe emplear para leer los anales del pasado.

En esencia, esta memoria de la Naturaleza, debe ser la Memoria Divina, la cual está fuera del alcance humano; sin embargo, está fielmente reflejada en los planos inferiores de modo que, por lo que a los acontecimientos de estos planos inferiores se refiere, puede ser recuperada por la inteligencia convenientemente educada del hombre. Todo lo que pasa ante un espejo, por ejemplo, se refleja sobre su superficie, y a nuestra limitada y torpe vista le parece que las imágenes que se reflejan no hacen impresión alguna sobre esta superficie, sino que, por el contrario, todas se desvanecen sin dejar huella alguna. Sin embargo, es posible que esto no sea así;

no es difícil de imaginar que *puede* haber quedado alguna impresión, algo así como la impresión que cada sonido deja sobre el cilindro sensitivo de un fonógrafo, y que, por lo tanto, es posible volver a percibir la impresión causada en el espejo, del mismo modo que se vuelve a percibir la que se causó en el fonógrafo.

La más elevada psicometría nos demuestra que esto no sólo puede ser, sino que es; y que este fenómeno no sólo tiene lugar con un espejo, sino que cualquier objeto físico conserva la impresión de todo lo que ha acontecido dentro del área de su vista, por decirlo así. Tenemos, pues, a nuestra disposición un método seguro e infalible de retroceder a la primitiva historia de nuestro mundo y humanidad, y de esta suerte una gran parte de aquellas escenas que son del más arrebatador interés, pueden ser observadas en todos sus detalles, como si se repitiesen exprofeso para beneficio nuestro. (Véase "Clarividencia".)

Las investigaciones del pasado llevadas a cabo por medio de estos métodos, demuestran un largo proceso de evolución gradual, lenta sí, pero incesante. Demuestran el desenvolvimiento del hombre bajo la

acción de dos grandes leyes: la ley de la evolución que lo empuja constantemente hacia el progreso, y la ley de justicia Divina, o sea de causa y efecto, que produce el resultado inevitable de sus propias acciones, la cual le enseña gradualmente a vivir en inteligente harmonía con la primera de estas leyes.

Este largo proceso de evolución ha sido llevado a cabo no sólo sobre esta tierra, sino sobre otros globos unidos con ella. Pero este asunto es demasiado vasto para ser tratado con alguna amplitud en un libro elemental como el presente.

Este constituye el tema principal de la monumental obra de Madame Blavatsky, "La Doctrina Secreta". Pero antes de comenzar el estudio de esta obra, se advierte a los estudiantes, que deberían principiar por leer los capítulos que trata de este asunto en "La Sabiduría Antigua" de Annie Besant, y en "El Desarrollo del Alma" de Mr. Sinnett. En dichos libros se hallarán los más completos y preciosos datos no sólo acerca del pasado, sino también acerca del futuro del hombre; y, aunque la gloria que le espera es de una naturaleza tal que ninguna lengua es capaz de expresar, algo a lo menos se puede comprender de las primitivas etapas que conducen a

ella. La idea de que el hombre es actualmente divino, y de que al presente está desarrollando dentro de sí mismo las potencialidades de la Divinidad, parece escandalizar a algunas personas piadosas, las cuales la consideran poco menos que como una blasfemia. Difícil se nos hace el ver que esta idea sea blasfematoria, desde el momento en que el mismo Jesús recordaba a los Judíos que le rodeaban, la sentencia de sus propias Escrituras: "Yo dije, dioses sois"; en vista de lo cual la doctrina de la deificación del hombre fué con mucha frecuencia sustentada por los Padres de la Iglesia. Pero, en estos últimos tiempos, una gran parte de la primitiva y pura doctrina ha sido olvidada y mal comprendida, y en la actualidad parece ser que la verdad sólo es defendida y sustentada en toda su plenitud por el estudiante de ocultismo.

A veces la gente pregunta por qué, si el hombre era al principio una chispa de lo Divino, debe necesariamente pasar a través de todos estos trámites de evolución, arrostrando tantos sinsabores y sufrimientos, sólo para ser del mismo modo Divino al fin de la jornada. Aquellos que tal objeción hacen no han comprendido todavía bien el esquema. Aquello que

procedió de lo Divino no era todavía hombre, ni siquiera una chispa, pues en ello no existía desarrollada individualización alguna. Era simplemente una gran nube de esencia Divina, aunque capaz de condensarse eventualmente en muchas chispas. La diferencia que existe entre su condición cuando surge, de la que tiene cuando vuelve, es exactamente la misma que existe entre una gran masa de brillante materia nebulosa, y el sistema solar que actualmente es formado de ella. La nebulosa es una cosa magnífica sin duda alguna; pero no sólida e inútil.

Los soles de ella formados a través de una lenta evolución, derraman la vida, el calor y la luz sobre un gran número del mundo y sus habitantes.

También podemos tomar otra analogía. El cuerpo humano está compuesto de innumerables millones de diminutas partículas, algunas de las cuales se desprenden constantemente del mismo. Supongamos que a cada una de estas partículas le fuese posible pasar a través de una determinada clase de evolución, por medio de la cual llegaran con el tiempo a convertirse en un ser humano; no diríamos que porque en cierto sentido habían sido humanas al principio de dicha evolución, no habían por esto conseguido nada

al llegar al fin de la misma. La esencia surge como una mera oleada de fuerza, aun cuando es fuerza Divina, volviendo en forma de millares de millones de poderosos adeptos, cada uno de los cuales es susceptible de convertirse en un Logos.

Con esto se verá que nos hallamos en terreno firme al sostener que el futuro del hombre es de una naturaleza cuya gloria y esplendor no tienen límites. Hay que recordar un punto importantísimo, cual es el de que este magnífico porvenir es para todos sin excepción. Aquel a quien llamamos un hombre bueno, esto es, un hombre cuya voluntad está de acuerdo con la Voluntad Divina, y cuyas acciones van todas encaminadas a ayudar la marcha de la evolución, este hombre hace rápidos progresos en el sendero elevado; por el contrario, aquel que se opone ciega e irreflexivamente a la gran corriente, persiguiendo propósitos egoístas en vez de trabajar para el bien de todos, a este hombre sólo le es dable progresar muy lenta e irregularmente. Pero la Voluntad Divina es infinitamente más poderosa que ninguna voluntad humana, y la obra del gran esquema es perfecta. El hombre que a la primera vez no aprende la lección que le corresponde, tiene sim-

plemente que repetirla una y otra vez hasta que la aprende; la paciencia Divina es infinita, y tarde o temprano todos los seres humanos alcanzan la meta que les ha sido señalada. Para aquellos que conocen la Ley y la Voluntad, no existe el temor ni la incertidumbre, sino únicamente la paz perfecta.

Tales son las enseñanzas que lleva al espíritu la Nueva Filosofía, el Nuevo Pensamiento, que como encendida y reluciente antorcha ilumina el camino hasta ahora obscuro por el que el hombre caminaba a tientas.

Aprovechando mis observaciones y conocimientos, y los que he encontrado en los autores de mayor prestigio a los que he pedido su cooperación aprovechando muchas de sus páginas, he compuesto este libro que ofrezco a mis habituales lectores por lo que vale y doy a la estampa con el solo fin de coadyuvar a la difusión de ideas que me parecen consoladoras y eficaces para combatir el materialismo que invade el pensamiento moderno so capa de ciencia, como si ciencia fuera tan sólo lo que no admite las posibilidades del alma, y aquellas manifestaciones que escapan a una fiscalización en la que el prejuicio es la norma.

Con la Nueva Filosofía, creo haber dado a mis lectores un libro de Fe y Esperanza, es decir lo que más necesita el hombre para sobrellevar las tristezas y amarguras que una Vida sin fin ni objeto superior, espiritual, le ofrecería.

Acéptese, pues, en este sentido.

FRATERNIDAD ROSA - CRUZ
DE COLOMBIA
BIBLIOTECA - BOGOTÁ